

EUGENIO SELLÉS



BIBLIOTECA VIRTUAL DE ANDALUCÍA

LAS **V**ENGADORAS



JUNTA DE ANDALUCÍA  
CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN, CULTURA Y DEPORTE





BIBLIOTECA VIRTUAL DE ANDALUCÍA

EUGENIO SELLÉS  
LAS **V**ENGADORAS  
DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA



JUNTA DE ANDALUCÍA  
CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN, CULTURA Y DEPORTE

## [el autor]

Eugenio Sellés y Ángel, marqués de Gerona, nació en Granada el 4 de Abril de 1842, hijo de Pedro Sellés y Garrido, magistrado de la Audiencia de Granada, y de Francisca de Paula Ángel y Castro. Estudió Derecho en Granada y se licenció en Madrid en 1862. Fue fiscal en Extremadura y, con la regencia del General Serrano, fue gobernador en Sevilla y Granada.

De ideología liberal y constitucionalista, desde 1869 colaboró en numerosos periódicos. Tras la Restauración, intensificó su labor obteniendo notoriedad con la serie de artículos históricos publicados en *El Globo*, con el título de *La Política de capa y espada* (1876), pero siempre se sintió como un autor dramático y, aunque cultivara bien otros géneros literarios, dedicó al teatro sus mayores esfuerzos. Con la Restauración dio rienda suelta a su vocación escribiendo algunos dramas que le proclamaron como el discípulo más aventajado de Echegaray. *El nudo gordiano* (1878), un éxito sin precedentes desde el punto de vista de la sociología teatral, *La vida pública* (1885), *La mujer de Loth* (1896) e *Ícara* (1910) son algunas de sus obras más conocidas.

En 1895 fue designado miembro de la Real Academia de la Lengua Española y pronunció su discurso de ingreso sobre el periodismo en España. Además dirigió la sección literaria del Ateneo de Madrid. Falleció el 12 de octubre de 1926.

En *Las Vengadoras* (1884), el autor nos presenta el prototipo de mujer adúltera pero apartado de los arquetipos culturales y sociales al uso. En esta obra, Sellés hace aparecer en escena un novedoso tipo femenino con el que no estaba familiarizado el público ni la crítica asustadiza de la época: la prostituta.

El argumento de la obra gira en torno a las andanzas de Teresa, una auténtica profesional de su oficio, y de Pilar, esposa de Luis, que mantendrá una lucha estéril por retener a su marido junto a ella. Lo más interesante de la propuesta de Sellés es que la prostituta Teresa aparece esbozada como figura de una nueva mujer, y lo demostrará en muchas de sus frías reacciones ante la indignación de la mujer legítima, no dejándose humillar y no respondiendo jamás a sus despechadas y entendibles provocaciones para recuperar a su marido

Su estreno, el 10 de Marzo de 1884 en el madrileño Teatro de la Comedia, elevó el diapasón de la reacción social contra el naturalismo y siguió alimentando la polémica sobre el realismo y el idealismo en literatura.

[la obra]

Colección *Una Galería de Lecturas Pendientes*

Dirección y coordinación editorial: Jesús Jiménez Pelayo

Edita: JUNTA DE ANDALUCÍA. Consejería de Educación, Cultura y Deporte

© 2014 JUNTA DE ANDALUCÍA, Consejería de Educación, Cultura y Deporte

© de la edición anotada y posfacio: Concha Fernández Soto

Maquetación y diseño: Carmen Piñar

Ilustración de cubierta: *La Sargantain*. Ramón Casas, 1907 (Gran Teatro del Liceo, Barcelona)

# índice

ACTO PRIMERO	13
ESCENA I	15
ESCENA II	25
ESCENA III	29
ESCENA IV	33
ESCENA V	37
ESCENA VI	41
ACTO SEGUNDO	47
ESCENA I	49
ESCENA II	55
ESCENA III	65
ESCENA IV	75
ESCENA V	81
ESCENA VI	83
ESCENA VII	89
ACTO TERCERO	91
ESCENA I	93
ESCENA II	97
ESCENA III	99
ESCENA IV	103
ESCENA V	107
ESCENA VI	111
ESCENA VII	115
ESCENA VIII	119
<b>POSFACIO</b>	
<i>LAS VENGADORAS</i>	
DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA	123
CONCHA FERNÁNDEZ SOTO	



LAS  
VENGADORAS

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE  
EUGENIO SELLÉS

Representado por primera vez en Madrid,  
en el teatro de la Comedia el día 10 de Marzo de 1884.

Cuarta edición

MADRID  
TIPOGRAFÍA DE GREGORIO ESTRADA  
DOCTOR FOURQUET, 7  
1884



PERSONAS

SRAS.	TERESA (26 años)	D. <sup>a</sup>	MARÍA TUBAU.
	PILAR (28)		DOLORES FERNANDEZ.
	LOLA (25).		JULIA MARTÍNEZ.
	VIRTUDES (18).		CARLOTA LAMADRID.
	CONDESA (40)		JOSEFA GUERRA.
	MARQUESA (35)		MATILDE GARCÍA.
	UNA SEÑORA (30)		AMPARO GALINDEZ.
	DONCELLA (24)		MARÍA CANCIO.
SRES.	LUIS (30)	D.	ENRIQUE SANCHEZ DE LEON.
	GENERAL (55)		EMILIO MARIO.
	LORD RAYMOND (40).		JULIAN ROMEA.
	VIZCONDE (22)		JULIAN ROMEA DE ELPÁS.
	MARQUÉS (45)		ELÍAS AGUIRRE.
	SENADOR (50)		RAMON ROSELL.
	CABALLERO 1.º		MARIANO LARRA.
	CABALLERO 2.º		ENRIQUE MARTÍNEZ.
	CABALLERO 3.º		MARIANO BALLESTEROS.
	UGIER 1.º		VICENTE ROYO.
	UGIER 2.º		MARIANO DE LA HOZ.

Varios criados que no hablan.

Varios caballeros y señoras que aparecen en el foro sin hablar.

La accion se supone en Madrid y en la época actual.

Por derecha é izquierda se entiende la del actor.

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados de D. EDUARDO HIDALGO son los exclusivos encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el Depósito que marca la ley.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

## ∞ ACTO PRIMERO ∞

Salon de ingreso del teatro de la Opera de Madrid Al levantarse el telon aparecen ya colocados en los extremos opuestos las siguientes personas: LOLA y VIRTUDES sentadas en un grupo á la izquierda. La CONDESA, la MARQUESA, el MARQUÉS y tres CABALLEROS forman grupo á la derecha. Unos sentados, otros en pié para no dar monotonía al cuadro. En el centro pasean, asidos del brazo, el GENERAL y LORD RAYMOND. En las puertas de entrada del teatro UGIERES. Algunas personas que de cuando en cuando salen de la sala del teatro, atraviesan la escena saludando á sus conocidos, sin hablar, y se van. Algun lacayo que entra de la calle, donde se supone que espera á sus amos.



## ESCENA I<sup>1</sup>

MARQUÉS Es imposible estar en la sala del teatro; ¡hace un calor dentro!

CONDESA Pero tampoco es posible salir á la calle de repente: fuera hace frio y estamos sudando. Además, llueve á todo llover.

MARQUÉS Es conveniente atemperarse en esta atmósfera media.

MARQUESA ¡Y yo que queria ir pronto al baile de la Embajada!

MARQUÉS Ten calma, querida esposa. Los cambios bruscos de temperatura traen las pulmonías.

MARQUESA Pero nos iremos ántes que la gente empiece á salir.

---

<sup>1</sup> En los teatros donde, por cualquier circunstancia, no se pueda presentar esta decoracion exactamente imitada del vestíbulo del Real, será sustituida por una que represente el foyer de un teatro indeterminado.

Asimismo las compañías dramáticas de escaso personal quedan autorizadas para suprimir en la representacion algunas de las figuras que aparecen en estas primeras escenas; sus frases, si las tuvieren, serán distribuidas apropiadamente entre los demás personajes.

- MARQUÉS Hay tiempo. Ahora empieza el último acto de la Opera.
- CONDESA (Mirando hácia donde está LOLA.) Estoy violenta delante de esas mujeres.
- UGIER. (A LOLA.) Ya ha venido el coche.
- LOLA Que espere. (A VIRTUDES.) Hasta que baje Teresa no podemos irnos.
- CONDESA ¿Y tienen coche?
- MARQUESA Y mejores que muchos de los nuestros. Mi marido ha comprado ahora un hermoso landó estrenado apénas por una señorita de quien se ha deshecho un conocido banquero.
- CONDESA ¿Y LO USAS?
- MARQUESA Forrado de nuevo. Ayer lo verias en el besamanos. Es igual que los nuestros. El blason que he hecho pintar en la portezuela: hé ahí la única diferencia.
- GENERAL (A LORD). Milord no gusta, por lo visto, de la ópera que cantan ahí dentro.
- LORD No me divierten las Traviatas cantadas<sup>2</sup>.
- GENERAL Las traviatas... Hélas allí. (Señala al grupo de LOLA y VIRTUDES.) ¡Qué delicia! Sobre todo para nosotros los hombres prácticos que no tenemos tiempo ni paciencia que perder en conquistas difíciles. Las mujeres decentes van perdiendo sus atractivos desde que éstas se han adecentado. Son lo que América respecto de Europa. El Continente viejo pierde su poder á medida que se civilizan los salvajes del nuevo continente. (Señalando al grupo de la CONDESA.) Allí está el mundo antiguo. Seriedad, tradiciones, orden hasta en la guerra y recato hasta en la deshonestidad. (Señala á LOLA.) El mundo nuevo; la jóven América —aquí no podemos decir la vírgen América— ju-

---

<sup>2</sup> Este personaje habla en toda la obra con pronunciacion marcadamente inglesa.

ventud, exuberancia, minas de oro, calor tropical, luz hasta las tempestades y anarquía hasta en el Gobierno.

LORD Son deliciosas. No creí que España fuera un país tan civilizado.

GENERAL En esto sólo nos gana Francia.

(Paseando por una y otra parte, el GENERAL y el LORD se acercan al grupo de la derecha.)

CONDESA ¿No ven ustedes con qué descoco se presentan en público ante la sociedad más escogida?

MARQUESA No se presentan. Son presentadas, porque seguramente no asistirían a tener nosotras amigos y maridos. (Mirando con intención al MARQUÉS.)

CONDESA Ese es el mal.

LORD ¿El tener maridos?

CONDESA El tener maridos y amigos de distinción, que abusan de nuestra buena fé en favor de esas desdichadas.

MARQUESA ¡Así están ellas de satisfechas y envanecidas!

MARQUÉS ¡Así toma importancia el género!

MARQUESA ¡Así se desarrolla la plaga!

UN CAB. ¡Así se perfecciona la mercancía!

CONDESA En todas partes son las primeras.

MARQUESA Y las más miradas.

OTRO CAB. Confundidas con la honradez.

MARQUESA Y lo que es peor, igualándose a las aristocracias.

MARQUÉS    ¡Si parecen de ellas! El mismo aspecto.

CONDESA    Naturalmente: las educan nuestros primogénitos.

UN CAB.    La misma elegancia, los mismos trajes.

MARQUESA    Naturalmente: las visten nuestras modistas.

OTRO CAB.    El mismo lujo.

CONDESA    Sale de las mismas cajas.

MARQUÉS    Las casas puestas con el mismo gusto.

MARQUESA    ¡Gusto! Porque se las ponen nuestros maridos.

LORD        ¡Ah! Es un consuelo para ustedes.

CONDESA    (Al LORD.) Inglaterra tiene costumbres más severas; allí no sale el vicio á la luz del sol.

LORD        Ciertamente; porque allí no hace sol.

              (Las personas de este grupo continúan en voz baja su diálogo.)

LOLA        (A VIRTUDES.) Nos miran mucho aquellas señoras.

VIRTUDES    ¿Las conoces?

LOLA        ¡Ya lo creo! como ellas nos conocen tambien. En este Madrid nos conocemos todos. Especialmente las eminencias, que somos como los campanarios de las iglesias: se ven unos á otros aunque no se comuniquen.

VIRTUDES    ¿Tienen historia?

LOLA        Una parte de ella: la antigua. Hablan de nosotras.

VIRTUDES    Dí que maldicen de nosotras.

LOLA            Tratándose de mujeres creí que quedaba dicho. Es envidia, porque nos divertimos con nuestra ligereza, cuando ellas se fastidian con toda dignidad.

VIRTUDES      ¿Quién es aquel señor tan cursi? (Por uno de los del grupo de enfrente.)

LOLA            Un sabio.

VIRTUDES      ¡Ah! Casto...

LOLA            Por supuesto.

VIRTUDES      Digo que se llama D. Casto.

LOLA            ¡Ah! ¿también se lo llaman? ¡desgraciado!

VIRTUDES      ¿Y aquel otro que acciona tanto? (Por otro de los caballeros.)

LOLA            Un gran orador y economista.

VIRTUDES      ¿Economista?

LOLA            En materia de mujeres.

VIRTUDES      ¿Y aquel tan finchado y tieso? (Por el tercero que no habrá hablado.)

LOLA            Un ex-ministro; un prodigio. No habla una vez que no sea para decir una agudeza ingeniosa ó una frase profunda. La lástima es que no habla nunca. ¡Cómo se aburrirán con tantas notabilidades intachables! (Continúan su conversacion en voz baja.)

LORD            (AL GENERAL paseando separados ya del grupo de la derecha.) Su amigo de usted Luis me tiene ojeriza porque pretendo á Teresa.

GENERAL        No le falta razon; Teresa es su amante, y la persigue usted con constancia británica.

- LORD No tengo otra mayor. La persigo hace tres meses: la perseguiré otros muchos, como aquel compatriota mio perseguia al acróbata Blondin esperando que cayera de la cuerda tirante.
- GENERAL Eso nos molesta mucho en España.
- LORD No le molesto nada: la pretendo para cuando ella se canse de él. A mí no me incomoda que un aficionado pretenda mi más querido caballo de carrera. Cuando yo me deshaga de él, lo compra y en paz. A lo sumo, podría incomodarse con Teresa si lo abandonara. Conmigo, ¿por qué?
- GENERAL Por mi parte convencido. Quien siente celos de esas mujeres, es tan insensato como quien quisiera monopolizar el sol que pertenece á todos. Pero Luis es apasionado y celoso.
- LORD ¿Está enamorado?
- GENERAL Como un loco.
- LORD No; como un tonto. Veo que estas mujeres y el buen vino de Jerez tienen mucha fuerza alcohólica para climas meridionales. Son para los ingleses.
- GENERAL Pero hombre, ¿por qué?
- LORD Porque á nosotros no nos emborrachan.
- GENERAL Sprit fort. Como yo.
- VIRTUDES (A LOLA.) ¿Hay monos? El General no está hoy muy comunicativo contigo.
- LOLA No se acerca: están ahí sus amigas.
- VIRTUDES Tendrá vergüenza....
- LOLA Mucha; como que la guarda toda para cuando está en público.

MARQUESA (A la CONDESA.) ¿Y ella es bonita?

CONDESA No le encuentro nada de particular. ¿No la has visto? Va siempre con esos dos (Por LOLA y VIRTUDES.) á un palco. El palco de las Tres Gracias. Así lo llaman los aficionados al arte pagano.

MARQUESA ¡Ah! sí, una mujer delgada, vestida de medio luto, de aspecto grave y apariencias honestas.

CONDESA Esa es otra semejante: ésta no tiene ni las apariencias. Está en el palco inmediato. Traje elegante, modales desenvueltos y hombrunos; hoy la ha acompañado también otra muy conocida, que ha sido morena hasta este mes: ahora es rubia.

MARQUESA Sí; la he visto. ¿Y es la amante de Luis?

CONDESA Por lo ménos, la amada:

MARQUESA Y su mujer, la pobre Pilar, tan tranquila.

CONDESA Conoce su desgracia. He pasado con ella la noche en su palco observándola. Estaba nerviosa y pálida. Enfilados los gemelos hácia la escena, perseguía en realidad por debajo de los cristales ya las miradas de su rival, ya las de su marido. Y pienso que ha debido sorprender algo más que miradas mútuas, quizá sonrisas, acaso señas, porque una vez habló con su marido tan descompuestamente, que oí sus quejas con claridad.

MARQUESA ¿Y ÉL?

CONDESA Calló por no escandalizar la representacion; ella se llevó el pañuelo á los ojos, y se retiró al fondo del palco.

MARQUESA ¡Infeliz!

CONDESA Luis, por supuesto, paga caramente su infidelidad.

- MARQUESA LO merece por enamorarse de una perdida. ¡Cuándo se convencerán estos hombres de que no deben solicitar sino á las mujeres distinguidas!
- CONDESA ¡Oh, la corrupcion es general!
- GENERAL (Que ha oido la palabra «general», se acerca.) ¿Me llamaban ustedes?
- CONDESA No; decíamos que la corrupcion es general.
- GENERAL ¿No he de equivocarme en un país donde hasta la corrupcion es General?
- MARQUESA Ya que está usted aquí, dénos algunos pormenores de esas señoritas, sus amigas. Parece que las trata.
- GENERAL Como las puede tratar un caballero; por encima.
- MARQUESA ¿Y cómo hablan?
- GENERAL En castellano muy claro.
- MARQUESA ¿Son listas?
- GENERAL Su profesion será de locas, pero no de tontas. Además, adquieren el talento artificial, más certero que el nativo: el de la experiencia.
- CONDESA ¿De dónde proceden?
- GENERAL ¿Tienen bonita cara? pues ese es su pasaporte. Nadie se mete á averiguar si traen patente de origen súcio, como traigan formas limpias. Salen, unas de las fatigas del taller, otras de los pudrideros de la necesidad, todas de los desfallecimientos de la mala educacion, echadas á la calle por un amante que las pervierte, por un esposo que las maltrata, ó por un padre que las abandona. Unas, vienen de muy alto para llegar muy abajo; otras, de muy abajo para casarse muy alto. ¿A dónde van? Á merced de lo que las rodea; lo mismo á pasar su vejez en la Galera, que en la puerta de un templo pidiendo limosna: lo mismo á morir en un hospital, que en un palacio.

CONDESA Y tienen cierta distincion.

GENERAL A primera vista: el contacto con el oro les da ese baño superficial que es la moneda falsa de la distincion. Sentadas en su palco, tendidas en su coche, recostadas en la marquesita de su gabinete, cualquier provinciano las tomaria por princesas. Aparte de lo exterior, nada; estatuas de barro doradas, groseras por dentro, como todo lo que viene de abajo.

CONDESA En mi tiempo, sólo los perdidos tenian amantes.

GENERAL Ahora, sólo los perdidos no las tienen, porque no pueden pagarlas.

CONDESA Ahí sale Pilar.



## ESCENA II

DICHOS.—PILAR, que acompañada de un caballero, sale del teatro por la puerta central.

MARQUÉS (Acercándose.) Querida Pilar.

PILAR Querido Marqués. (Al caballero que la acompañaba y soltándose de su brazo.) Muchas gracias, amigo mío. Puede usted volver al palco. Quedo en compañía de la Condesa, con quien iré á la Embajada. Lléveme usted pronto á mi marido.

¡Ay, qué olvido! He dejado en la platea mi abanico. Tengo que subir por él.

CONDESA Irá otra persona.

PILAR (Apartándose del grupo con la CONDESA. El MARQUÉS, la MARQUESA y el GENERAL continúan hablando en voz baja en otro grupo.) Lo digo para los

que me oyen y observan. Pero usted sepa que he dejado de propósito mi abanico. Un pretexto para volver al palco. Luis, suponiéndome fuera del teatro, se habrá reunido ya con su amante.

CONDESA Pero, ¿persiste usted en esa manía?

PILAR El cariño leal que usted me tiene, y por el cual le he hecho estas tristes confidencias, la obliga á este engaño tranquilizador, que agradezco. Pero bien sabe usted que no es manía. Es convencimiento confirmado esta noche.

CONDESA. ¿Va usted á creer lo que dice el escrito anónimo de una persona mal intencionada ó envidiosa?

PILAR El anónimo declara nombre, señas y domicilio de esa mujer que entretiene á mi marido. Hasta las horas en que se ven. No creería en el anónimo. Pero me ha puesto en la pista de los hechos, y los hechos están firmados por la conducta de mi marido y las lágrimas de mis ojos.

CONDESA ¡Volver al palco y espiar á Luis! ¿Y qué consigue con ello? Nada, si Luis no tiene esas inteligencias criminales. Y si las tiene, añade usted al dolor de sentirlo la vergüenza de verlo.

PILAR Condesa, eso se dice muy bien en la edad en que el juicio domina al corazón, pero se ejecuta muy mal en los años en que el corazón domina al juicio.

CONDESA Y en todo caso, ¿qué va usted á hacer?

PILAR A lo menos, no desempeñar el desairado papel de víctima engañada. Tomar venganza.

CONDESA Para vengarse de Luis, le tiene usted todavía mucho amor. Para vengarse de ella, de una aventurera, tendrá siempre demasiado decoro.

PILAR De él y de ella. Con la resignación se gana la beatitud en la otra vida, no la dicha en ésta.

- CONDESA    ¿Pero usted cree que su marido, un hombre formal, un hombre discreto, tendrá el descaro de presentarse en el palco de esa mujer?
- PILAR        Seguramente que no se presentará en el palco. En el antepalco. ¡Como si lo viera! Allá en el fondo semi-oscuro, y oculto por los cortinajes corridos, última capa que el pudor social echa sobre la Vénus moderna.
- CONDESA    ¿Y usted ha visto en él á Luis?...
- PILAR        Alguna vez.
- CONDESA    Entónces con eso basta para tomar una determinacion sin cometer imprudencias peligrosas.
- PILAR        Basta para una queja, de que él se rie; no basta para una determinacion decisiva á que estoy resuelta. Necesito subir al palco: verlos, esperarlos. Salen: los sigo. Entran en casa de ella: entro tambien; quiero sorprenderlos de manera que no quede ocasion de duda para mí, ni de disculpa para él. Necesito de un gran desengaño para odiarle tanto como le quiero ahora.
- CONDESA    ¿Y tendrá usted valor para entrar en casa de una mujer de ese linaje?
- PILAR        Condesa, si la pasion no tuviera el valor nervioso, ¿con qué nos defenderia Dios á los séres débiles? Además, estoy segura de encontrar en esa casa amigos que me guarden.
- CONDESA    Pilar, he hecho lo que debia: haga usted lo que quiera.
- PILAR        Lo que me pide el decoro. (Se dirige á uno de los caballeros y le dice): Casto, ¿me hace usted el honor de acompañarme un momento? (El caballero le da el brazo y ambos se van por el foro.)



### ESCENA III

DICHOS, ménos PILAR y el CABALLERO.—Despues, cuando se indique, el SENADOR.

CONDESA Es bochornoso tener que codearse en sitios públicos con la corrupcion en libertad.

GENERAL No maldigan ustedes de esas mujeres; las buenas esposas les deben gratitud; son sus vengadoras.

MARQUESA ¿No serán tan fieras?

GENERAL Al contrario, veneno dulce. Castigan enamorando, humillan dejándose vencer, hacen llorar riendo y matan deleitando; en fin, como las abejas en las flores, cuando besan, chupan: chupan oro ó sangre: así dejan tanto tronado y tanto tísico.

MARQUÉS Esas desdichadas son como el hierro, que unas veces hiere y otras sana. El amor ilegítimo triunfante, venga siempre al amor legítimo menospreciado.

MARQUESA En el cielo.

GENERAL En la tierra, donde no hay culpa que no tenga su pena. El infierno, amigamía, no está tan léjos como suponen los beatos. Ni hay que trasponer los linderos de la vida para hallar aquella ciudad doliente donde tienen toda injuria su desagravio, toda concupiscencia su amargura, todo pecado su castigo, todo delito su verdugo. Las malas pasiones son los verdaderos demonios atormentadores, y las malas mujeres los ministros más seguros de la justicia moral. La perdida que nos engaña en la edad madura, venga á la pobre muchacha á quien perdimos en el primer empuje de nuestras pasiones.

La mujer propia infiel, venga en nosotros á los maridos de la ajena que hemos burlado, y á su vez la querida venga infaliblemente á la consorte engañada. Si es gratuita, nos abandona cuando se cansa, ó cuando otro hombre le parece mejor; si pagada, cuando le parece más rico. En conclusion: el hogar prestado que nos parece un cielo, no es sino purgatorio de nuestras culpas, cuando por fortuna tiene salida; y cuando la desdicha lo perpetúa, infierno con tormentos que semejan deleites y con demonios que parecen ángeles.

CONDESA ¿Con que esas desventuradas no son sino instrumentos de la justicia providencial?

GENERAL LO SON.

CONDESA Convengamos en que Madrid está muy favorecido por la Providencia.

GENERAL Lo está. (Se aparta del grupo.)

MARQUÉS (Que se aparta con el GENERAL.) Buen sermon, querido General. Y despues de él se irá con Lola á recibir ese castigo de que usted habla.

GENERAL Soy tan justiciero con mis culpas, que yo mismo me impongo las penitencias. También usted me ha acompañado á predicar, y no dejará por eso de ir á casa de... (Diciéndole al oído un nombre.)

MARQUÉS ¡Chist! Pero yo soy casado, y necesito tranquilizar á mi mujer.

GENERAL Yo soy soltero, y necesito tranquilizar á todas las demás.

UGIER El coche de la señora Marquesa.

CONDESA ¿Vas á la Embajada?

MARQUESA Por supuesto. ¿Y tú?

CONDESA Espero mi coche.

MARQUÉS Tiene usted el mio.

UGIER El coche de la señora Condesa.

CONDESA En ese caso, vámonos.

(Mientras el MARQUÉS, la MARQUESA y la CONDESA se disponen para salir, el SENADOR aparece por la puerta central, tarareando distraidamente un aire de la Traviata. En su manera de mirar da á conocer que es muy corto de vista. Se acerca á LORD RAYMOND, contra cuya espalda se apoya para doblar el extremo de los pantalones como para preservarlos del barro. LORD RAYMOND se aparta al sentir el peso, y se vuelve á él. El caballero se cala los lentes, y lo mira diciendo:)

SENADOR ¡Oh! Perdone. Creí que era una columna. ¿Quién es?

LORD Lord Raymond.

SENADOR Es lo mismo. (Encontrando al GENERAL, que está cerca de Lola y VIRTUDES.) ¡General!

GENERAL ¡Señor senador!

SENADOR (Acercándose á LOLA y VIRTUDES y saludándolas.) ¡Señoras!

LOLA Viene usted equivocado.

SENADOR Siempre me pasa lo mismo. Creí que eran unas amigas de mi mujer.

GENERAL Estas son las amigas del hombre. Cocottes.

SENADOR Es lo mismo; lo mismo. (Tocando familiarmente en el hombro al GENERAL.) La vida alegre, la vida alegre; pero ¿y la moral? (Bajando la voz.) En secreto. ¡Cómo envidia á ustedes!

(Dobla los pantalones, y cantando el aire de la Traviata, continúa su marcha saliendo por la derecha. —El Marqués, la Marquesa y la Condesa se habrán ido por la puerta izquierda durante el diálogo anterior. —Los tres caballeros que formaban en este grupo, continúan hablando apartados en otro lugar hasta que se indique su salida. Lola y Virtudes continúan hablando en su sitio, unas veces solas, otras con algun caballero que sale del teatro, las saluda, y se va á la calle. LORD Raymond, por su parte, pasea solo ó va alternativamente desde el grupo de Lola al de los caballeros. El General va por su abrigo, y volverá cuando se indique.)

## ESCENA IV

DICHOS.—TERESA.—LUIS, éstos por el foro, saliendo del teatro.

TERESA      El brazo.

LUIS          Hay gente.

TERESA      Por eso sería más ridícula una caída; no me sueltes, que puedo tropezar.  
(LUIS le da el brazo.)

TERESA      (Saludando á RAYMOND.) Milord, le creía en el baile de la Embajada.

LORD        Aún es temprano. Después.

LOLA        (Tomando del brazo á LORD RAYMOND, y separándolo de TERESA y LUIS.)  
Milord, venga acá, y hará dos beneficios: no estorbar á los que están juntos  
y acompañar á las que están solas.

- TERESA (A LUIS, que habrán quedado formando grupo separado.) ¿Con que vas á la Embajada?
- LUIS No puedo ménos; me espera mi mujer.
- TERESA Pero irás tarde.
- LUIS Hasta las dos cuenta conmigo. Sabes que hago por tí todo lo que puedo.
- TERESA Dí mejor, que todo lo que quieres. Un hombre lo puede todo.
- LUIS Es verdad. Rectifico... no hago todo lo que puedo: hago más de lo que debo.
- TERESA Lo conozco. UN marido que tiene una mujer honrada, no debe pertenecerme por completo. Nosotras, pobres gatitas de entretenimiento, hemos de contentarnos con los desperdicios de las casas.
- LUIS Sabes cuánto te quiero; pero no me querrás tan mal que me exijas el sacrificio de mi paz doméstica.
- TERESA ¿No me la sacrificarías...? Y me has dicho tantas veces que hasta la vida. Vaya, ¿á que no ¿vas al baile? (Con zalameria.)
- LUIS No seas caprichosa.
- TERESA ¿A que no vas? (Breve pausa.) Tu silencio prueba que vacilas. Me satisfago con eso, con saber que te venzo cuando quiero.
- LUIS ¡Vanidosa!
- TERESA Por lo demás, vé al baile. Reconozco tus obligaciones y mi posición en el mundo. Pero reconocerás en mí el derecho individual de la envidia.
- LUIS ¡Envidia! ¿de qué? Puedes quejarte de mí. ¿No ves siempre en mis ojos, en mi locura, que te quiero como no te ha querido nadie?

- TERESA A ratos perdidos. La novedad.
- LUIS ¡Así me quisieras tú!
- TERESA ¿Y por qué no te quiero?
- LUIS Porque no puedes quererme.
- TERESA ¡Ah! Lo pasado hace sospechar de lo porvenir. Me crees tan seca, tan pervertida, que carezco aún de aquéllo que sienten todas las mujeres: la atracción del hombre.
- LUIS Así discurro á veces cuando quiero consolarme. La naturaleza femenina, siente lo que se puede llamar la gravitación del cariño. Nunca, por perdida que esté la sensibilidad de una mujer, se debe decir que no volverá al amor. ¿Pero cuándo? ¿Con quién?
- TERESA Hé ahí la incógnita. ¿Cuándo? cuando ménos lo espere. ¿Con quién? con quien ménos deba.
- LUIS Por eso no será conmigo. Pero ¡bah! no pretendo saber si me quieres, ni interrogarme si te quiero, ni por qué ambos nos vemos. ¿Esa es mi felicidad? Pues basta. Sea amor ó sea apetito en mí. Sea en tí arte ó sentimiento, realidad ó engaño. No me importa.
- TERESA ¿No te importa que te engañe tu Teresa? (Con ternura afectada.)
- LUIS Miéntas me envuelvas en estas olas de fuego, mírame, háblame, y basta. Sí es cariño, lo merezco; si es engaño, engáñame así siempre. No se diga de la mujer que no tiene constancia ni para el engaño.
- TERESA ¡Qué fuego, hijo mio! Nunca he visto más á mi lado. Abanícame porque temo abrasarme. Precioso abanico. ¿A ver? (Toma un abanico que LUIS habrá traído en la mano.)
- LUIS Te distrae cualquier cosa.

TERESA      Perdona; creí que había acabado esa conversación.

TERESA      Diga usted, señor mío, ¿de quién es el abanico?

LUIS         De mi mujer.

TERESA      De tu mujer. ¿No se ha ido del teatro?

LUIS         Distraída ó preocupada, lo ha olvidado. Lo he recogido del palco.

TERESA      (Viendo á PILAR que aparece por el foro acompañada de CASTO.) Tu mujer.

LUIS         (A TERESA.) Apártate. (Se separan rápidamente y con la sorpresa, ambos se olvidan del abanico que queda en manos de TERESA.)

## ESCENA V

TERESA.—LOLA y VIRTUDES, que quedan separadas de los demás.—PILAR, que baja al primer término despues de dejar el brazo de su caballero.—LUIS, que se acerca á ella. Los demás personajes en el fondo, en grupos ó paseando. Despues, cuando se indique, una Señora y un Caballero jóven.

LUIS           (A PILAR.) ¿Por qué te encuentro otra vez en el teatro?

PILAR          Habia olvidado mi abanico y he vuelto por él al palco.

LUIS           ¿Has vuelto al palco?

PILAR          Sí: comprenderás que no hay en tí negativa posible. He visto todo. ¡Casualidad de olvido! Pero no te irrites contra mi mala memoria. Ha sido un pretexto preparado para dar á los ojos la certidumbre que ya tenía mi corazon.

- LUIS Con tus quejas y celos vas haciéndote insoportable, y acabarás por lanzarme á una resolucion desesperada.
- PILAR ¡Ay de tí el dia que no te persiga! será porque no tendré ni amor que se encele, ni derecho que se queje, ni dignidad que se ofenda.
- LUIS Tú misma te quejabas de mis celos.
- PILAR Me quejaba de ellos, cuando en el fondo los bendecia. La mujer agradece los celos siempre que son merecidos. Disgustan á la traidora, porque son estorbo de su libertad y vigilancia de sus traiciones; gustan de cierto á la mujer honrada, porque son testimonio de cariño. Viene la indiferencia, bajan los celos: termómetro seguro para anunciar el enfriamiento de las almas.
- SEÑORA (Que sale asida del brazo de un jóven elegante, al ver á PILAR.) Adios, querida.
- PILAR Adios. (Simulando tranquilidad.)
- SEÑORA (Se desase del jóven, y acercándose á PILAR le dice al oido:) Tienes la voz trémula y la cara descompuesta.
- PILAR ¿Eh? ¿se conoce?....
- SEÑORA Que estás celosa: á la legua. Repórtate, porque los curiosos bromean. Es consejo de mi buena amistad y de mi experiencia. Mi marido tambien...
- PILAR ¿Tambien te engaña?
- SEÑORA Me falta, pero cómo lo sé, no me engaña: se engaña á sí mismo.
- PILAR ¡Y lo dices con esa calma!
- SEÑORA ¿Qué he de hacer? Cada una tiene su método. (Al jóven, llamándolo:) Manolo, vamos. (Toma su brazo y salen.)

LORD. (Que ha oído la última frase.) Tiene su método. Esta señora llama método al amante.

PILAR Tu conducta me pone en ridículo.

LUIS Tus quejas, que son ridículas.

PILAR Ya sé que el mundo toma á risa los engaños conyugales, mientras no los moja la sangre. (Llora.)

LUIS Llora, pero en silencio.

PILAR ¡Silencio y llanto!: hé ahí los únicos derechos que la sociedad ha dejado á la mujer.

LUIS Tendrías razón para hablar así, cuando fuera evidencia lo que no es sino una suspicacia tuya. ¿Qué has visto para exaltarte. Que entro en el palco de esa mujer. ¿Y qué? ¿No puede existir con ella un conocimiento superficial, un trato inocente?

PILAR Conozco toda la superficialidad y toda la inocencia del trato con esas mujeres que pasan con cuatro palabras del desconocimiento á la confianza; con cuatro monedas, de la frialdad al amor, y con cuatro minutos, de las palabras á los favores.

LUIS ¿Y por qué he de ser yo el favorecido? ¿Soy yo sólo el que la trata?

Pues peor para tí: porque ó me ofendes sin provecho, ó recibes favores compartidos.

LUIS Ni lo uno ni lo otro. Te digo que he tenido solamente tres ocasiones para hablarla.

Han sobrado las tres para mi decoro, las dos para tu victoria.

LUIS Visiones sin pruebas.

PILAR (Que habrá visto ya, aunque lo ha disimulado hasta ahora, su abanico en manos de Teresa.) ¿Sin pruebas? He buscado en el palco mi abanico. No estaba allí. ¿Sabes dónde está? desde aquí lo estoy viendo, testimonio desvergonzado de comunicacion y de confianza entre vosotros.

LUIS (Aparte.) ¡Qué imprevision!

Ya ves si hemos tenido desgracia; tú no puedes negar. Yo no tengo ya ni el recurso filosófico de hacerme la distraida. (Dice lo que antecede con amarga ironía, y despues de una pausa cambia de tono y dice lo siguiente con tristeza:) Me casé porque creí que me querías. ¿Cómo no creerlo si me lo juraba un hombre que tenía mi corazon en su boca? Pobre niña criada en Zaragoza, ¿qué sabia yo de tu doblez ni de la vida disipada que hacías en Madrid? Te digiste: “es rica, muy rica, inocente, muy inocente; no es hermosa, ¿y qué? Será mi banquera, otra será mi mujer. Esta me dará los medios, otras los placeres turbulentos qué no puede darme su educacion provinciana.,,

LUIS Pilar, me echas en cara por primera vez tu fortuna.

Porque me echas al rostro por primera vez tu traicion. Ahora bien: si yo cometiera contigo la doble indignidad que cometes conmigo, ¿qué harías de mí? Matarme, quizá, y tendrías razon. (LUIS se rie. añade al advertirlo:) Os reís cuando nos engaíais, y ¡quereis matarnos cuando os engaíamos!

LUIS ¿No he de reirme de tus amenazas?

PILAR Amenazo con lo que puede una mujer. Vosotros amenazais con matar; ¡nosotras con morir de pena! (Llora, y despues cambia de tono y añade con entereza digna:) Pero separada de tí, si vuelves á hablar con esa aventurera. Ahora, toma tu abrigo. Al baile. (Con sarcasmo amargo.) ¡A divertirme! No quiero que nadie sospeche mi desdicha, ni que otro que tú me haga llorar con sus burlas. (Luis se va por el fondo.)

## ESCENA VI

Pilar.—Teresa.—El General, que habrá vuelto poco tiempo ántes con su abrigo.

PILAR (Al GENERAL en voz alta marcando y dando tono agresivo á sus palabras, con propósito de ofender á Teresa:) Querido tío, sentiria perder mi abanico. Es un regalo. Haga usted el favor de pedírselo á aquella mujer. (Teresa hace al oirla un gesto altivo. Pilar, al notarlo, repite la frase.) A aquella mujer. No puedo bajar hasta allí. (Nuevo gesto de ira en Teresa.)

GENERAL (Aparte á Pilar.) Prudencia: una señora no puede hacer ciertas cosas. Yo lo arreglaré: yo, que sé tratar á esa canalla. (Acercándose á Teresa.) Teresita, haga usted el favor.

TERESA (Con descoco.) Ya lo he oido. Yo se lo entregaré en persona. (Alto y con intencion, y como fingiendo grandisima modestia y humildad.) Todavía no tengo embajadores á mi servicio.

- GENERAL (Aparte á Pilar.) Haz como que no oyes.
- PILAR Al contrario. Deseo oirla miéntras estemos solas. La rival, por indigna que sea, atrae siempre como las serpientes. Déjeme usted con ella. (El General se aparta.)
- TERESA (Separándose de Lola y Virtudes con las cuales estaba, y dirigiéndose á PILAR.) Señora: he entendido que pertenece á usted este abanico que he hallado casualmente.
- PILAR (Recibiéndola con altivez desdeñosa, sin mirarla, sin moverse de su sitio, ni cambiar de postura.) Creo que sí.
- TERESA Siendo así, debo devolvérselo.
- PILAR Es audacia devolverlo directamente.
- TERESA Mayor audacia fuera quedarme con él siendo ajeno.
- PILAR Estas señoritas son muy escrupulosas en retener lo ajeno..... cuando lo ajeno no es un marido.
- TERESA ¿Supone usted que me he acercado para dejarme insultar?
- PILAR ¿Y usted supone que la he dejado acercarse sino para insultarla?
- TERESA No hay derecho para ello. Sé tratar bien y mal. Porque he tratado con toda clase de personas.
- PILAR Confieso que me lleva usted esa ventaja. Yo sólo he tratado con las decentes. ¿Y dónde ha encontrado usted ese abanico?
- TERESA En un pasillo.
- PILAR Es extraño, porque lo dejé bien seguro en mi palco, y los abanicos, aunque hacen aire, no vuelan. Es preciso que lo hayan encontrado allí.

- TERESA No tengo todavía el honor de entrar en los palcos de los aristócratas. Prefiero que los aristócratas vengan á mi palco.
- PILAR (Con ira y mirándola de alto abajo.) A llevar lo que pertenece á las mujeres honradas.
- TERESA Acérquese para que nadie nos oiga: quiero darle esta prueba de consideracion. La mujer, por baja que esté, siempre es vanidosa. ¿Por qué ha herido mi vanidad? Yo apénas conocia á usted, y de seguro no la odiaba, ¿por qué ha buscado mi ódio? Y si usted sentia celos.....
- PILAR (Con gran desprecio.) Los llamaremos asco.
- TERESA (Con viveza.) Llámelos como quiera, siempre morderán lo mismo. (Tomando otra vez el tono que tenía.) Si usted queria separarnos, ¿no era este medio el más propio para estrechar nuestras relaciones, en él por obstinacion, en mí por venganza?
- PILAR ¿No pretenderá usted darme una leccion de prudencia?
- TERESA Pretendo solamente devolverle este abanico y aquellas palabras... ¡Leccion de prudencia..! hija mia, para mí la quisiera. Pero ambas somos mujeres, y ya lo hemos demostrado. (Por el abanico, entregándoselo.) Tómelo, porque le hace falta.
- PILAR Tocado por esas manos este abanico, me encenderia el rostro de vergüenza. (Lo coge y lo arroja al suelo. Teresa mira á Pilar con gran descaro, y se aparta de ella, yéndose con Lola y Virtudes.)
- LUIS (Que al volver con su abrigo, ha visto arrojar el abanico y la actitud de Pilar.) ¿Qué has hecho?
- PILAR Lo que tú has debido hacer ántes.
- LOLA General... (Llamándolo.)

PILAR (A Luis.) Mañana nos vamos de Madrid.

LUIS No puedo; tengo negocios pendientes.

LOLA (Al General, que se habrá acercado disimuladamente á ella.) Necesito verte esta noche á la una.

GENERAL (A LOLA

LOLA (Con zalamería.) Imposible... dejar de verme...

PILAR (A Luis.) Si no sales de Madrid, pido nuestra separacion.

LOLA (Al General.) Te aguardo en casa de Teresa.

GENERAL (A Lola.) Tengo que ir al baile.

LOLA Te concederé una hora más: á las dos.

GENERAL Te advierto sériamente...

LOLA ¿Qué?... (Con seriedad.)

GENERAL (CON HUMILDAD) Que NO ME HAGAS esperar COMO siempre.

UGIER (A Pilar.) El coche de la señora.

PILAR (Secamente.) Ahora eres libre. Escoge: tu esposa ó tu manceba. (Sale resueltamente.)

TERESA (A Luis.) Hasta luégo.

LUIS (A Teresa.) Hasta mañana.

UGIER (A Teresa.) El coche de la señorita.

TERESA (A Luis en tono de amenaza.) Hasta luégo, ó todo acaba.

LUIS           Eso no.

TERESA       (Riendo.) ¡Ja! ¡Ja!...

GENERAL     (A Luis.) Son monas de imitacion: se ha reido de tí en el mismo tono que te reiste de tu mujer.

LUIS           ¡Maldita pasion!

GENERAL     Eres muy débil.

LUIS           La veré por última vez.

GENERAL     Sí, la veremos por última vez... ¡por esta noche!

LUIS           Vámonos.

GENERAL     Empieza á salir la gente.

LUIS           El acto va á terminar.

LORD          ¿Qué cantan?

GENERAL     El ¡Adio! La marcha real de las pecadoras. (Cuando se dice que empieza á salir la gente, se abren las puertas del fondo y aparecen por ellas grupos de señoras y caballeros elegantes como saliendo del teatro. Al abrirse la puerta viene de adentro el sonido débil como lejano del Adio de la Traviata, que se supone cantado en el teatro. A su compás van saliendo majestuosamente Teresa, Lola y Virtudes poniéndose sus abrigos. El General, Luis y Lord Raymond se disponen á salir tambien por otro lado. Para hacer el cuadro, ningun personaje debe desaparecer del escenario miéntras no caiga el telon, que baja despacio.)



## ∞ ACTO SEGUNDO ∞

Salon en casa de Teresa. En el fondo, y comunicando con el salon por dos puertas, dos habitaciones; la de la izquierda figura ser una antesala de entrada; la de la derecha un gabinete. Mueblaje rico: en el centro del salon una mesa, y otra en el gabinete de la derecha. Iluminacion abundante en todas las habitaciones.



## ESCENA I

Teresa.—Lola.—Una doncella. Aquélla tiene en la mano un periódico.

TERESA (Dejando el periódico.) ¡Qué tonta está hoy la prensa! Ni revista de toros, ni de salones: ni siquiera un crimen que distraiga un rato.

LOLA Todo te fastidia.

TERESA (Con viveza y aplicando el oído.) Calla.....

LOLA ¿Qué?.....

TERESA Me parece que llaman.

(Toca un timbre y viene una doncella.)

(A la Doncella.) ¿Ha sonado la campanilla?

DONCELLA La de esta habitacion.

TERESA La de la puerta.

DONCELLA Nadie la ha oido.

TERESA Me pareció... (A la Doncella.) Tened cuidado. Dí que tengan preparado el té.

DONCELLA Estará á punto.

TERESA Lord Raymond no puede pasar sin él.

LOLA ¿Habeis puesto barajas? (Registra la mesa.) Aquí están. Mi General no puede pasar sin el juego.

TERESA ¡Qué horitas de venir! La una, y esperando desde las doce. (A la criada que está aguardando órdenes.) Quítame este aderezo: me duele la cabeza. (La criada se lo quita y lo coloca sobre la mesa.) No, en su estuche. Trata bien á mis mejores amigos.

DONCELLA ¿Qué amigos?

TERESA Los brillantes: son los únicos que favorecen la cara. (Lo hace la criada.) Dame ese espejo. (Le da uno de mano, que habrá sobre una chimenea ó algun mueble.) Arréglame estos pelos. (Se los arregla.) Vete. (Se va la criada.)

LOLA Pareces una niña que aguarda por primera vez al novio. Bien se conoce que tu Luis es un buen mozo. ¡Si fuera mi General! No me aburro sino cuando le tengo al lado. ¡Cosa más aburrida que ver á los hombres!

TERESA Hay una cosa que me aburre todavía más que verlos: esperarlos.

LOLA Cuando te digo que esa impaciencia es sospechosa. ¡Qué bueno fuera que te hubieses enamorado!

- TERESA      ¡Líbreme Dios! Aunque pienso que estoy libre. El amor y el sarampion son enfermedades de chiquillos.
- LOLA        Hay excepciones en que suele repetir el mal: sobre todo, viviendo como nosotras entre enfermos.
- TERESA      En naturalezas desgraciadas. Pero hoy por hoy sólo siento un amor: eso sí, apasionado, invencible; el amor propio herido por esa..... señora. ¿Me vencerá esta noche? ¿Se lo llevará á la Embajada? No le quiero, lo conozco, y sin embargo, nunca he deseado más verlo entrar por esa puerta. Tarda mucho. ¡Mucho, diablo!
- LOLA        Hará una locura si viene.
- TERESA      Por eso vendrá.
- LOLA        La tranquilidad de la familia debe ser lo primero... para los que tienen familia.
- TERESA      Advierto ahora en tí inclinaciones muy caseras. La verdad es que no debíamos dar oídos á hombres casados; tienen sus inconvenientes.
- LOLA        Nadie los llama; vienen ellos solitos. Si valierami consejo, ya habrías dejado á Luis.
- TERESA      Hija, hay que vivir.
- LOLA        El inglés proveería á todo.
- TERESA      Mi sombra rubia, como le llamo, porque me sigue á todas partes. ¿Estará enamorado de mí?
- LOLA        Enamorado precisamente, no.
- TERESA      Apasionado.

LOLA            Tampoco es hombre de pasiones.

TERESA        Bien, encaprichado.

LOLA            Esa es la palabra.

TERESA        Encaprichado para galantearme ocho días; pero no para.....

LOLA            Para todo.

TERESA        ¿Lo crees así?

LOLA            Se explora ántes.

TERESA        Se explorará esta misma noche.

LOLA            Aprovecha este día: parece de fortuna. He consumado mi gran exploracion: el General me ha prometido dar calabazas á la niña que lepersigue.

TERESA        ¿Y qué te importa que se case?

LOLA            Tengo miras más previsoras que las tuyas.

TERESA        La niña no le enamorará. Es fea.

LOLA            Será mujer fea; pero su mujer.

TERESA        ¿Y qué?

LOLA            Que él será su marido, y me lo reservo paramí. Estoy cansada de ser siempre la amante de un hombre.

TERESA        Y quieres generalizarte. (Riendo.)

LOLA            ¿Te ríes? De aquí á tres meses me envidiarás.

TERESA        Con esa carita aniñada embobas á los viejos. Pero ya tienes años.

LOLA           Uno menos que tú. Conque puedes decir los que tengo.

TERESA        No, no eres vieja. Veinticinco: pero tienes otros tantos por dentro. A pesar de tu malicia no le pescas: está muy maduro.

LOLA           Precisamente la fruta pasada es la que cae sola del árbol. Me la comeré. Es todo un plan diplomático, fundado en una observación: con la amante pagada nadie se casa; con la amante por amor, hay casos. No acepto nada..... de su bolsillo. Paso mis apuros; pero le enamoro con mi desprendimiento. Y chochea cuando cree que le amo sólo por su persona.

TERESA        ¡Admirable estrategia! Bien se conoce que te tratas con Generales. Reconozco á vucencia. Es verdad que lo mereces; pero siempre has tenido buena suerte. No te pierdas con insinuaciones anticipadas.

LOLA           Después del viaje de este verano, él mismo me lo ha de proponer: yo me dejaré obligar.

TERESA        ¿Llaman?

LOLA           Ahora sí.

(Teresa se levanta precipitadamente, con marcada impaciencia, y se arregla el tocado ante un espejo.)



## ESCENA II

Dichas.—El LORD.—El VIZCONDE.—VIRTUDES.—El General, todos por la izquierda. Al aparecer los nuevos personajes en LA puerta, Teresa se vuelve á su sitio con despecho.

- TERESA      Para estos zánganos no debo molestarme.  
(Se tiende con toda comodidad en una butaca ó sofá, y los recibe sin disimular el mal humor.)
- VIRTUDES    (Acercándose con zalamería á Teresa.) No dirás que tardo: apenas he estado en mi casa media hora, y vengo ya dispuesta á hacerte la tertulia hasta cuando quieras.
- TERESA      Tendré que agradeceréselo á ese chico, cuya presentacion nos ha anunciado el General.

- GENERAL (Presentando al Vizconde á las tres mujeres, que continúan hablando sin atender ni mirar.) Aquí está nuestro hombre, digo, vuestro hombre; hijo de un veterano, camarada mio. Excelente muchacho; buen corazon, mala cabeza.
- VIZCONDE (Al General aparte.) Me parece que el elogio no hace efecto.
- GENERAL (Aparte al Vizconde.) Ahora verás. (Alto á las mujeres.) Muy torero, muy desocupado y muy... sencillote.
- (Las mujeres siguen sin atender.)
- (Aparte al Vizconde.) Tampoco llegan bien estos cañonazos.
- VIZCONDE Claro: les dice usted que soy tonto.
- GENERAL Precisamente eso es otro elogio ante estas mujeres. Como que sólo los tontos las mantienen. Allá va lo principal. (Alto á las mujeres.) En fin, os presento cuarenta mil duros.
- (Virtudes vuelve la cabeza con rapidez, y pregunta:)
- VIRTUDES ¿De capital?
- GENERAL De renta.
- (Teresa tambien le mira, y todas le examinan con cuidado.)
- (Al Vizconde.) Ya estás bien recomendado. (A las mujeres.) Lo demás está á la vista.
- VIZCONDE Me enorgullece ser introducido aquí por hombre tan digno, tan serio, y tan experto conocedor de los recursos oratorios. (Al General aparte.) Ya ve usted que le adulo sin merecerlo.
- GENERAL (Aparte al Vizconde.) No haces más que corresponderme. Todavía te he adulado demás.

- VIRTUDES (Acercándose al Vizconde.) Caballero, tengo mucho gusto...
- GENERAL Hay que tratarlo bien: ya ve usted, es vizconde.
- VIRTUDES ¡Cómo! ¿Es vizconde? Pues no lo parece; tiene los ojos muy derechos.
- GENERAL Digo que es vizconde de título.
- VIRTUDES Como no ha dicho usted sino que es rico, y que lo demás está á la vista, yo entendí... y, claro, le miré á los ojos.
- GENERAL Efectivamente, los títulos nobiliarios no son ya títulos á la vista.
- VIRTUDES Usted perdone.
- GENERAL (AL Vizconde por Virtudes.) La inocencia salvaje de la casa. Hermosa cabeza; algo aligerada de seso. Por lo demás, elegante, graciosa, huérfana, que es otra ventaja, y de una familia que fué rica y dignísima, y que ha venido muy á ménos en todo.
- VIRTUDES Eso sí. Creo que aquí sólo hay tres personas decentes. Nosotros. (Por el General, el Vizconde y ella.)
- GENERAL Me parecen muchas.
- VIRTUDES Pues bien, dos: usted y yo. (Por ella y el General.)
- GENERAL (Apartándose y para sí.) Siguen pareciéndome muchas.
- VIZCONDE ¡Lástima de figura! Está hueca.
- GENERAL Pues si no, ¿estaría entre estas mujeres?
- VIZCONDE Es una contrariedad.
- GENERAL ¿Pero tú la quieres para institutriz?

VIZCONDE Pero....

GENERAL Entónces bastante sabe con haber sabido proporcionarse esa cara. La hermosura es el talento de las mujeres, como el talento la hermosura de los hombres.

VIZCONDE Convencido.

GENERAL Yo te enseñaré á vivir.

(Presentando mutuamente al Vizconde y á Raymond.)

Nuestro contertulio Lord Raymond, sportman inglés. El vizconde de la Dehesa. Una de nuestras primeras ganaderías.

(Se saludan ceremoniosamente.)

LORD Y á lo que entiendo, aficionado á esa niña.

VIZCONDE ¿Acaso usted tambien?....

LORD ¡Oh! no. Es bonita, pero fria. Para frias, las tengo más frias en Inglaterra.

VIRTUDES (Que ha oido algo á Lord, empujándole hacia Teresa.)

Usted hable sólo de lo que le interesa.

LORD Si hablara solamente de lo que me interesa, no hablaria nunca.

TERESA (Al General, que se habrá acercado á ella despues de presentar á Raymond y al Vizconde.) Más valia que me hubiera usted traído á Luis.

GENERAL Ese sabe el camino.

TERESA ¿Vendrá?

General Aunque sea por quince minutos. En cuanto halle distraida á su mujer en el baile.

LORD (Á Teresa.) ¿Irá usted mañana á los toros?

TERESA Si el tiempo lo permite.

LORD ¿Y quién es el tiempo? ¿Luis?

TERESA El tiempo es mi voluntad.

LORD Si no hay otra prohibicion, ofrezco á usted un palco.

TERESA Lo acepto. Nadie puede prohibirme nada cuando yo me lo permito. ¿Pero le gustan los toros?

LORD Sin duda.

TERESA Pensé que no le gustaban sino las corridas de caballos.

LORD En Inglaterra, los caballos; en España, los toros. Persigo lo inútil por todas partes.

TERESA ¿Y me persigue á mí? Muchas gracias.

LORD Me las dará de veras algun dia. Usted me será inútil, pero yo le seré muy útil.

TERESA Me enamoran; no, me convencen estos talentos prácticos.

(Teresa y Raymond continúan hablando bajo.)

VIZCONDE (Cogiendo por un brazo al General, y llevándolo á pasear aparte,) Es una niña singular.

GENERAL Apresúrate, porque pronto será plural.

VIZCONDE Conozco que es tonta, y me gusta.

GENERAL Como que hareis una pareja muy igual.

- VIZCONDE ¿Que historia tiene?
- GENERAL Lo mejor de su historia es que es una historia por venir.
- VIZCONDE Tendrá antecedentes. Todo el mundo los tiene.
- GENERAL Buenos hasta ahora. Vive en compañía de una señora anciana, en el piso cuarto de esta casa. Ese es el origen de su conocimiento con Teresa. Estas estrellas negras suelen acompañarse de satélites que viven de su reflejo. De esto sacan ventaja reciproca: la cortesana, porque hace ver así que trata con personas honradas, á lo ménos de buenas familias; y el satélite, porque goza de comodidades y exhibiciones, que no le permitiría en otro caso su pobreza de luz. Viste bien con los desperdicios del lujo. El abrigo algo estropeado, el sombrero cuya moda va á pasar, el traje ya lucido algunas veces, todo lo que la vanidad mujeril desecha por visto, ó el capricho cambia por lo más nuevo, pasa en herencia á esos cuerpos fáciles á todo acomodamiento. Luégo pasean en coche, tienen teatros, disfrutan de las diversiones caras, y unas veces comiendo en las mesas, otras gustando de las golosinas regaladas, entretienen sus estómagos vacíos.
- VIZCONDE Meritorias del vicio.
- GENERAL Pero ascienden con facilidad al empleo efectivo; porque los estímulos picantes del medio en que viven las llevan pronto á poder de un amante rico. Entre tanto, se reducen sus oficios á conquistar lealmente á estas mujeres, siempre que no pueden conquistarles sus hombres...—¡Ya ves si son leales!—Y sus ambiciones á bajar del piso cuarto al principal: un descenso.—¡Ya ves si son modestas!
- VIZCONDE Y parece haber recibido educacion fina.
- GENERAL Y aún se afinará más. Le falta el afinamiento del estrago. Estas mujeres son como los cuchillos; se afinan cortando carne.
- VIZCONDE Habla como un sportman, de caballos, perros, pichones y toros.

- GENERAL De lo que únicamente oye hablar aquí. ¿Quieres que hablara de ciencias morales? Los sábios no ponen casa al vicio; no porque no tengan vicios, sino porque no tienen dinero.
- LOLA (Al Vizconde.) No haga usted caso al General; de seguro estará predicando la virtud.
- GENERAL Electivamente; le estoy instruyendo.
- TERESA Contra nosotras, como siempre. Como se ha pasado la vida dando virtud á los demás, no le ha quedado ninguna para sí.
- GENERAL Vaya, aquí está prohibido hablar de antigüedades. Sólo se admite á Virtudes, y eso porque tiene poco amor á su nombre.
- VIRTUDES Es muy feo.
- GENERAL Algo raro.
- VIRTUDES De buena gana lo cambiaria si consistiera en mí solamente.
- GENERAL (Al Vizconde.) ¿Ves? Excelentes disposiciones; pero ciertas virtudes son como la guardia civil; no marchan sino por parejas. ¡Ea! chico, aquí no se gastan conversaciones generales. Siéntate junto á esa niña; y cógele la mano.
- VIZCONDE Pero eso es abusar.
- GENERAL Abusa, hijo, abusa.
- VIZCONDE Me ha dicho usted que en las mujeres, lo más costoso es la primera concecion.
- GENERAL Por eso éstas empiezan por las últimas.  
Vizconde Virtudes

- LOLA (Con seriedad irónica.) Mi General, ¿se dignará vucencia saludarme esta noche? (Dándole un pellizco.) Toma, por no haberme hecho caso hasta ahora.
- GENERAL Perdona. (Retirándose.)
- LOLA Acércate, no tengas miedo, estoy de buen humor.
- GENERAL Relativo; me has dado un solo pellizco.
- LOLA De buen humor, porque por complacerme no te casarás. ¿Es cierto?
- GENERAL Puedes creerlo, porque no me hubiera casado de ningun modo.
- LOLA ¡Que bueno eres!
- GENERAL ¡Celosilla!
- LOLA Porque te quiero de corazon. Si yo quisiera, por interés como otras muchas, como Teresa, por ejemplo.
- GENERAL Como es tu amiga íntima la desacreditas con conocimiento de causa.
- LOLA No la desacredito; pero deseo que compares para que aprecies el tesoro que te ha tocado.
- GENERAL Las mujeres me han querido siempre por mi persona, no por mi dinero.
- LOLA Pues qué, ¿no tienes mucho dinero?
- GENERAL Por eso precisamente lo conservo.
- LOLA Bendigo á esas nobles mujeres. Son mi modelo. Pues bien, si yo te quisiera por interés, ¿qué me importaria que te casaras, siendo fea tu mujer? Pero quiero tu alma entera, tu vida toda. (Con ternura afectada y acariciándole el pelo con la mano.)

- GENERAL No me descompongas la peluca: los envidiosos dicen luégo que llevo el pelo postizo.
- LOLA ¿Y qué te importa, si así te quiere tu Lola? (Sigue jugando con la peluca del General.)
- GENERAL No juegues conmigo. Y ménos delante de gente. Considera mi respetabilidad.
- LOLA ¿Y para qué gastas peluca?
- GENERAL Para que nadie me tome el pelo. (Dándole un golpe cariñoso en la mano para apartársela.)
- TERESA (A Raymond, con quien habrá estado hablando en voz baja.)  
¿Y se va usted pronto de España?
- LORD Cuando usted quiera. He venido sólo á ver dos cosas y tomar otras dos. A ver la Alhambra de Granada y los toros en Madrid: á tomar el sol y una andaluza: falta lo último, que es usted.
- TERESA La toma más difícil.
- LORD He traído de Londres lo que allí abunda y aquí falta, paciencia y dinero.
- TERESA. Estoy presa.
- LORD Por un tirano.
- TERESA Pero los tiranos no doran en estos tiempos.
- LORD Cuente usted con mi brazo para la primera revolucion.
- TERESA Silencio: apártese usted. (Viendo á LUIS á la puerta del foro. LORD Raymond entra en el gabinete de la derecha, donde tambien habrán entrado el General y Lola. La situacion en que quedan todos en la escena que viene es

la siguiente: LUIS quedará sentado en un sofá ó butaca en el salon del primer término, y Teresa á su lado en UNA silla. Los personajes restantes en el gabinete de la derecha formando dos grupos separados, uno Lola hablando, con el General, otro Virtudes con el Vizconde. Raymond, colocado entre ámbas parejas que no le atienden, se entretendrá discretamente en examinar libros que hay sobre la mesa, ó los cuadros y objetos del gabinete, y en hacer los detalles que el actor crea oportunos.)

### ESCENA III

Dichos.—Luis.—Después, cuando se indique, la Doncella y un criado.

LUIS           (Aparte, mirando con recelo á Raymond, á quien ha visto con Teresa.)  
Siempre juntos.

TERESA       (Adelantándose á recibirlo con las manos estendidas.) ¡Gracias á Dios!

LUIS           Solamente un loco como yo, podría venir después de lo ocurrido en el teatro.

TERESA       ¡Vaya la galantería! ¿eres acaso el primero que se ha vuelto loco por mí?

LUIS           Pues por eso no he debido ser el segundo. ¿Por qué privilegio he de retener lo que otros han perdido, con el mismo derecho que yo? Por que tú has jurado á otros hombres quererlos como á mí.

TERESA     ¡Jurar! ¡y jurar en falso! Es el único pecado de los amantes.

LUIS        ¡Y has tenido tantos! (Con amargura.)

TERESA     ¿Has venido á quererme ó á ultrajarme?

LUIS        Tengo celos de tu pasado. Nunca me has contado tu historia secreta.

TERESA     No tengo historia secreta.

LUIS        Mira que conozco una parte.

TERESA     ¡Ah! por eso no la tengo secreta: todos la conocen.

LUIS        Sólo hay una averiguacion dudosa: quién fué tu primer amante. No intentarás hacerme creer que yo lo he sido. Vamos, díme el nombre.

TERESA     (Se dispone, acercándose mucho, á hablar, pero de repente se queda parada y pensativa, y se retira como arrepentida de lo que iba á hacer, diciendo con mucho mimo:) Pero vas á enfadarte.

LUIS        Voy á agradecértelo.

TERESA     ¿Y para qué quieres saberlo?

LUIS        Para saber á quién he de envidiar como al hombre más afortunado de la tierra. Sería un hombre....

TERESA     Eso sin duda.

LUIS        ..... De mucho dinero.

TERESA     Eso no. Estais engañados. El dinero compra la vanidad; á lo sumo, las sobras del cariño. La mujer cuesta más, cuanto vale ménos. Cuando vale mucho, anda de balde y toma precio en el mercado cuando ya no lo tiene en el alma. Mi primer amante fué... el amor; un pobre, un desconocido; le quise

tanto, que me engañó sin que yo me quejara; todo en él era hermoso, ménos su corazon; no lo tenía; hoy tendrá mucho, porque se llevó el mio entero.

LUIS           ¿Te abandonó? ¡Le odiarás ahora!

TERESA        Le he agradecido toda mi vida el favor de aquel desengaño. Se me llevó el corazon, y con eso ya no pudo engañarme el segundo amante.

LUIS           ¡Y no has vuelto á querer á nadie! ni á mí, tú lo has dicho, ¡ingrata!

TERESA        ¿Ves cómo te has enfadado! Si no tienes valor para saber, ¿por qué has tenido curiosidad para inquirir?

LUIS           Es verdad; sigue, sigue.

TERESA        ¿Y con qué he de seguir?

LUIS           Con tu segundo amante.

TERESA        No lo he tenido.

LUIS           Entónces saltaste al tercero sin tener segundo. Porque sé por lo ménos de un francés...

TERESA        No; no fué el segundo. Mis primeros esplendores fueron patrióticamente dedicados á mi país. Sólo cuando están en decadencia pasan las naciones á poder extranjero.

LUIS           Entónces el segundo fué un habanero muy mozo y muy rico, á quien su familia envió á viajar por Europa.

TERESA        ¿Lo sabes?

LUIS           Ya lo ves.

TERESA        ¡Pobre muchacho! Me queria con locura. Por mi cariño, aunque no por mi instigacion, desbarató su casamiento con una mujer que le hubiera hecho

feliz. La niña estuvo á la muerte de pena. Y él adquirió una tisis, y al año, en Aguas Buenas murió en mis brazos. ¡Pobrecillo! (Se lleva el pañuelo á los ojos y se detiene.)

LUIS           ¿Lloras? ¡Ah! Tienes buen corazon.

TERESA       Pues claro. ¿O crees que las desgracias que ocasiono no me duelen?

LUIS           Y de aquí pasamos al extranjero.

TERESA       Pues bien, el francés. (Como forzada por la insistencia de LUIS.)

LUIS           Te llevó á viajar por su país. Su familia era poderosa, y por separarlo de tí le retiró su pension. Él olvidó á sus padres, pidió al juego y á las deudas lo que le negaba su familia; fué encarcelado por una estafa en París, y entónces le abandonaste.

TERESA       Es cierto.

LUIS           Y él, desesperado...

TERESA       Murió. (Con tono siniestro y como esquivando el recuerdo.)

LUIS           Sí, murió; ¿pero de qué enfermedad?

TERESA       Si lo sabes, ¿por qué me lo preguntas?

LUIS           ¿De qué enfermedad?

TERESA       De suicidio. Te complace tocar la única sombra de mi vida. (Con gran disgusto.)

LUIS           Aún tienes otra.

TERESA       No, te lo juro; ese fué mi último amante.

LUIS           ¿No recuerdas el nombre de Antonio Gutierrez? No es extraño. Descendió del mundo brillante: se arruinó, y ya, ¿quién le recuerda? Era el agente de Bolsa que más ganaba hace seis años. Tenía una esposa digna.

TERESA       Sí, se separó de ella.

LUIS           Tenía unos niños hermosos.

TERESA       Sí, los abandonó.

LUIS           Te instaló en una gran casa.

TERESA       Vivió conmigo.

Luis           Su mujer andaba á pié.

TERESA       Sí; yo tenía coche.

LUIS           Para sostenerlo, se arriesgó en jugadas peligrosas, y hoy está tan tronado, que cuando quiere comer bien, tiene que pedir un asiento en las mesas de los amigos. ¿Y desde esa fecha?...

TERESA       Ninguno más.

LUIS           ¿Ninguno?

TERESA       Exceptuado un tontin, que eres tú, á quien dejo embobado, sin saber más que quererme: ¿no es eso, vida mia? (Dice estas frases cambiando de tono, con mucho mimo, como queriendo extraviar la conversacion que le disgusta, llevándola á cosas alegres: al mismo tiempo que se sienta sobre el brazo de la butacaó marquesita en que está sentado LUIS, y apoya el codo en el respaldo por encima de la cabeza de LUIS, á quien mira con gracia, tratando de enamorarle. Él la aparta diciéndole:)

LUIS           Que te estropeas el traje.

TERESA      ¿Y qué importa si estamos más cerca? ¿Voy á quererte ménos que á trapos?

LUIS         Pero olvidas una historia.

TERESA      No: sin embargo no lo afirmaré.

LUIS         La de Enrique.

TERESA      ¿Quién es Enrique?

LUIS         Un hombre que se batió y fué herido por causa tuya.

TERESA      ¿Por mi causa? Sí, creo haber amado á un Enrique. Pero hará mucho tiempo, cuando ya no recuerdo ni su nombre ni su cara.

LUIS         Hace poco más de un año.

TERESA      ¡Ah! ¡Bien decia yo que haría mucho tiempo!

LUIS         Teresa, tu corazon está muerto.

TERESA      ¿Y tengo yo la culpa de no querer á todos losque me han querido? Confiesa que la batalla no es igual; ellos han sido ciento para una sola.

LUIS         Pero debias á lo ménos respetarlos. El amor es á veces una fortuna; la gratitud es siempre una obligacion.

TERESA      He hecho mal en ser más sincera contigo que con otros hombres. Así sois todos. Nos pedís la verdad, ¿Os la negamos? Nos acusais de falsas. ¿Os la damos? Nos acusais de crueles.

LUIS         ¡Y pensar que el año próximo, quizás ántes, contarás al otro mi historia con la misma indiferencia!

TERESA      (Distraida.) Naturalmente.

LUIS         ¡Naturalmente!.....

- TERESA (Reparando con viveza su imprudencia.) Naturalmente has de pensar así despues de haberte hecho estas confiancias. La franqueza no merece menor castigo.
- LUIS Ni la tontería, de amarte menor inconstancia. (Apartandose de ella.)
- TERESA A ser constante con otros, ¿hubiera llegado á quererte? Sé que mi historia necesita perdon. ¿Me perdonas? (Acercándose á él, echándole los brazos al cuello con ternura afectada.)
- LUIS Bastante hago con olvidar.
- TERESA Quiéreme mucho, mucho, que lo merece la vergüenza que me has hecho pasar.
- LUIS Siempre. (Como amor y como seducido por el de Teresa.)
- TERESA Es decir, el siempre que pueden esperar las mujeres. El siempre apagadizo de su hermosura. Que después..... cuando deje de ser jóven necesitaré más que nunca del cariño, y no lo encontraré. Por eso quiero hartarme de él ahora.
- LUIS ¡Ah, Teresa! (Quiere abrazarla. Teresa le contiene.)
- TERESA Basta: me debo un rato á mis contertulios. (Toca un timbre: sale un criado.) Sirve el té. (El criado se va, Teresa se dirige al General y Lola, quienes, durante el anterior diálogo de Luis y Teresa, habrán estado sentados en un sofá del gabinete de la derecha hablando aparte en voz baja, como el Vizconde y Virtudes, y dice al General:) ¡Qué silencio! Usted habla y ella no contesta.
- GENERAL Oyéndome se queda extasiada.
- TERESA (Mirando á Lola, que efectivamente, dando durante la escena anterior bostezos y cabezadas, habrá reclinado la cabeza del lado opuesto al General, hasta quedarse dormida.) ¡Si lo que está es dormida! ¡Lola! (Llamándola.)

- LOLA (Despertándose al tocarle Teresa, y restregándose los ojos.) ¡Qué! ¿Es ya hora de irse? (Con aburrimiento á Teresa que está á su derecha, por cuyo lado ha dirigido su primera mirada.) Este hombre me produce un sueño.... (Al decir esta frase vuelve la vista á la izquierda, ve á su lado al General, y comprendiendo que la ha oído, corrige su indiscreción acabando la frase con una transición de cariño y ternura, y acariciándolo,) ¡tan delicioso!
- GENERAL (Está, loca por mí.) (Entran la Doncella y el criado con teteras, bandejas con pastas, tazas y demás menesteres para servir el té, y los colocan sobre la mesa central del gabinete de la derecha y se van.)
- TERESA. (A Lord Raymond:) ¡Milord, solo entre tanta pareja enamorada! ¿qué hace usted?
- LORD (Tomando una taza de té y pastas.) Apetito. No puedo hacer más por ahora.
- TERESA He traído del teatro una jaqueca.....
- LORD ¿Quiere usted algo?
- TERESA No se moleste.
- LORD Yo no me molesto; llamaré á un criado.
- TERESA No es menester. (A Luis.) Luis.
- LUIS ¿Qué quieres?
- TERESA Dame aquel frasco de sales.  
(Luis toma uno que hay sobre un mueble, y al entregarlo á Teresa, ésta lo deja caer y dice sin moverse:)  
Se ha caído. Recógelo. (Luis lo recoge y se lo da.)
- LUIS ¿Quieres más?

TERESA Nada.

DONCELLA (Entrando por la izquierda y llamando á Teresa desde léjos y desde el salon.) Señorita.

TERESA (Sin moverse de su asiento.) ¿Qué?

DONCELLA (Insistiendo desde su sitio.) Señorita.....

LUIS (Aparte.) Siempre secretos en ella: ¡siempre el recelo en mí!

TERESA (Se levanta; sale al salon y dice bajo acercándose á la Doncella:) ¿Hay algo que no puedan oír los señores?

DONCELLA Por eso no me he acercado. Quiere ver á usted una señora, que viene acompañada de un lacayo.

TERESA Que pase.

DONCELLA Creo que no es amiga de usted.

TERESA Vendrá equivocada.

DONCELLA. No, pregunta por usted misma.

TERESA Dí que no estoy.

DONCELLA El sereno que la acompaña desde abajo, le ha dicho lo contrario, é insiste.

TERESA ¡Y delante de ellos! (Por los amigos.) Dí que voy allá.

DONCELLA Están en el recibimiento: desde aquí se ven el abrigo y el traje de la señora.

TERESA (Mirando á la habitacion de la izquierda.) ¡Ah! ¡Es ella!

DONCELLA ¿La conoce usted sin verle la cara?

TERESA Las mujeres nos conocemos mejor por los vestidos; es lo que más nos miramos.

DONCELLA Viene. (Por la señora á quien se refiere.)

TERESA Entreténla.

DONCELLA Ya no es posible.

TERESA (A la Doncella con viveza al ver en la puerta izquierda á Pilar.) Cierra esa puerta. (Por la del gabinete de la derecha. La Doncella se dirige con rapidez al gabinete, y cierra su puerta, quedando encerrados dentro todos menos Teresa y la Doncella.)

## ESCENA IV

Pilar.—Teresa.—Aquella al entrar ve á la Doncella, y entonces dirige cariñosamente la mano á Teresa, que sorprendida la toma.

PILAR        ;Querida mia!

DONCELLA (Para sí.) ;Bah! si son amigas. No hay que tocar alarma.

PILAR        (A la Doncella.) Véte; tengo que hablar con mi amiga. (Marcando la palabra «amiga.» Se va la Doncella, y entónces Pilar suelta despreciativamente la mano de Teresa que aún tenía entre las suyas.)

TERESA       No comprendo esta farsa.

PILAR        He querido desorientar á esa criada. La supongo advertida y conocedora de los secretos de la casa. Si me presento en son de guerra, hubiera avisado de la presencia del enemigo á quien está encerrado ahí: y él hubiera huido.

- TERESA No es mala la estratagema. Se ha apresurado usted mucho á entrar; deseaba recibirla en otra habitacion.
- PILAR Lo presumo; pero yo queria entrar precisamente en ésta. Por eso me he apresurado.
- TERESA Veo que viene usted resuelta á dar una campanada. Comprenderá que soy quien ménos pierde en ello.
- PILAR Al contrario, ganaria. El escándalo es la reputacion de los que no la tienen buena. Sobre todo, es un gran anuncio.
- TERESA Si viene usted á buscar á su marido, ya ve que no está.
- PILAR Si viniera solamente á sorprenderlo, le hubiera esperado en los charcos de esa calle más dignamente que aquí. Cuando le necesite, él saldrá. Pero no se trata ahora de eso.
- TERESA ¿Pues á qué debo el honor?...
- PILAR Se trata de una averiguacion personalísima. Encomendarla á tercera persona, sería vergonzoso para mí. Escribir á usted, sobre vergonzoso, arriesgado: podría ostentar mi carta como trofeo de sus hazañas.
- TERESA A estas horas intempestivas...
- PILAR (Con calor.) La indignacion no tiene reloj: cuando golpea dentro del pecho, señala su hora de hablar.
- TERESA (Aplacándola.) Hablemos bajo.
- PILAR ¿No le conviene que nos oigan? A mí tampoco: por eso la complazco.
- TERESA (Con gran impaciencia.) Usted dirá, y diga pronto; se lo suplico.
- PILAR ¿Habré de enseñarla á tener calma en esta situacion?

(Teresa se sienta, tratando en vano de aparentar una calma que no tiene.)

- TERESA Puede usted sentarse. Mis muebles no manchan.
- PILAR Será lo único que no manche en esta casa. Estoy mejor en pié. (Pausa breve.) Si usted fuera franca como yo, podríamos entendernos en bien de ambas. ¿Quiere usted á mi marido ó su dinero?
- TERESA No me atormente, por caridad. No debe usted hablar conmigo. He amedrentado á hombres de mucho valor y abatido á mujeres de mucho mundo. Tengo la altivez mal intencionada que dan el desprecio público y el homenaje secreto. No me asusta el escándalo, ni me aterran los malos tratamientos, porque con ambos he vivido casi siempre; las injurias de usted...
- PILAR Serian siempre justicias dirigidas á usted.
- TERESA Tendrian contestacion acrecentada, porque la insolencia hallaria en mi boca fango más abundante que arrojar. Delante de gentes la haria apartarse por no oirme y callar por rubor. Pero á solas, me hace usted callar á mí. Hay todavía algo que me desconcierta, y me acobarda... Ya ve si soy sincera... El hablar con señoras honradas.
- PILAR Naturalmente, la falta de costumbre.
- TERESA (Haciéndose gran violencia para contener su enojo.) Es exacto: pero á lo ménos tenga usted en cuenta esos respetos míos para no maltratarme.
- PILAR Bien, responda usted. ¿Quiere usted á mi marido ó su dinero?
- TERESA Esperaba una injuria en una frase; han salido dos injurias: una para mí, si le quiero, porque me paga; otra para usted, si le quiero, porque me quiere.
- PILAR Hay que dar por cierta solamente la de usted, y en tal supuesto, vamos á cotizar la paz como buenas comerciantas. ¿Cuánto calcula usted obtener en este negocio?

- TERESA Nunca he sabido calcular. Si hubiera calculado, no me hablaría usted de esta manera.
- PILAR Eche usted de largo... (Pausa, indignación contenida en Teresa.) Vamos; sume usted las utilidades de un año. Yo se las doy de una vez, y usted realiza una doble ganancia: la del dinero que le había de producir ese hombre, y la del tiempo que puede aprovechar explotando á otro.
- TERESA Gran negocio para mí: ruinoso para usted, porque si yo fuera tal como piensa, aceptaría el dinero que me ofrece á reserva de continuar explotando el de su marido.
- PILAR Es que el trato tiene una condición: la de que usted se ausente de España durante un año.
- TERESA Viene usted engañada, señora mía; seré una mujer mala; pero todavía mujer; quizá le han dicho que vendemos el amor, pero no vendemos el desamor. Si ha venido usted sólo para eso, puede marcharse.
- PILAR ¿Se niega usted á venderme lo que es mío, mi paz?
- TERESA Aun queriendo, no podría tratar por mi cuenta exclusiva. Dos voluntades intervienen en esto: una es la mía, de la cual respondo.
- PILAR Y la de Luis....
- TERESA De la cual él responderá á usted.
- PILAR Pues no hay otro medio, la policía se encargará de usted, y luego los tribunales que castigan el adulterio.
- TERESA En la mujer casada. Conque mucho cuidado.
- PILAR Y en el hombre.

- TERESA Cuando tiene á la manceba en la casa conyugal, no cuando la casa conyugal se viene á la de la manceba.
- PILAR Y cuando se ejecuta con escándalo.
- TERESA ¿Y cómo se probaria el escándalo en un domicilio ordenado y pacífico, donde asisten de ordinario miembros de la primera aristocracia de la gran banca y de la alta milicia?
- PILAR Podria probarse el escándalo si yo lo diera.
- TERESA Por eso me he propuesto no aceptar la provocacion.
- PILAR ¡Ah, triste condicion la mia! No encuentro amparo en leyes ni en hombres, ni desahogo en esta naturaleza cobarde y débil para abofetear á quien aborrece!
- TERESA (Levantándose asustada y prevenida.) No irá usted á abofetearme.
- PILAR Por no tocar esas mejillas manchadas con la baba de tanto vicioso.
- TERESA Basta, señora; salga usted.
- PILAR Salga usted y ¡á divertirse contando el lance! ¡Crée que he venido para eso? (Pilar se dirige á la puerta del gabinete.)
- TERESA ¿Qué intenta usted?
- PILAR Abra usted esa puerta. (Teresa se coloca delante de la puerta.) La abriré yo. (Coge violentamente á Teresa, la aparta, y abre la puerta. Luis aparece en ella, vé á Pilar, y entónces cierra otra vez la puerta quedando en la escena.)



## ESCENA V

Luis.—Pilar.—Teresa, que al ver comenzada la reyerta de los esposos, se aparta de ellos y va á sentarse en una butaca volviéndoles la espalda, y hojea un libro ó juega con un objeto en actitud indiferente, como quien presencia lo que no le interesa.

LUIS           ¿Aquí? (A Pilar.)

PILAR          Tú me has traído.

LUIS          ¡Una señora! La educacion tiene barreras...

PILAR          De sedería, y toda mujer celosa lleva dentro una fiera que las rompe.

LUIS          ¿Y á que vienes?

PILAR          Te dije ántes: “ella ó yo, escoge;,, ¡Ya has escogido! Quedaremos tú con ella, yo con tus hijos; ¡pobres hijos sin padre!

LUIS           Pilar, oye.

PILAR          Ni una palabra; entre nosotros sólo habria desconfianza sin satisfaccion, hipocresías sin cordialidad; no cabemos en un lecho. Si vuelves á nuestra casa, no me busques en ella.

LUIS          Ten calma. ¿Dónde irás?

PILAR          Con el único hombre que no me engaña: con mi padre.

LUIS          Vuelve á casa: te explicaré....

PILAR          Todo queda ya explicado.  
(LUIS se acerca á Pilar: ésta le rechaza.)  
No me toques: no me manches con la mano que acaba de acariciar á tu querida. Desde hoy tienes aquí tu hogar y tu existencia.

LUIS          ¡Mira que me enloqueces; que soy capaz de todo!

PILAR          ¿Pues qué te falta?

LUIS          Tienes razon, no hay disculpa.

PILAR          Ni perdon.

LUIS          Más vale odiarse desde léjos, que temerse desde cerca; haz lo que quieras.

PILAR          Para siempre. ¡Ay! (Llorando.) ¡Que le haya querido tanto! (Se va por la izquierda.)

## ESCENA VI

LUIS.—TERESA.

LUIS (Vacilando entre seguir á Pilar ó quedarse.) Allí la paz, el deber, que tiran del espíritu: aquí la pasión, las tentaciones, que tiran de la carne. ¡Pues aquí, pase lo que pase, venga lo que venga sobre mi casa, sobre mi cuerpo, sobre mi alma! (A Teresa.) Por esa puerta ha salido cuanto yo tenía que perder en el mundo. Sacrifico hogar, reposo, vida. ¡Ve lo que me cuestas: veremos lo que vales!

TERESA Veté con ella; ese es tu deber.

LUIS Teresa, mejor me hubieras dicho al conocerme “no te apartes de ella, esa es tu tranquilidad.., Ahora es tarde.

TERESA Siempre queda un cuarto de hora para el arrepentimiento. Nuestro cariño no te conviene.

- LUIS           ¿No me conviene, ó no te conviene?
- TERESA        Ambas cosas. Tú pasarás muchas amarguras, yo he sufrido esta noche lo que no he soportado nunca, lo que no volveré á soportar.
- LUIS           (Acercándose á ella cariñosamente.) ¡Por mi causa! Pide y obtendrás de mí la reparacion que quieras:
- TERESA        (Friamente.) Apártate: me estropeas el traje.
- LUIS           (Con cariño.) Teresa...
- TERESA        (Glacialmente.) Déjame; ahora no estoy para caricias. (Se aparta de él, y abriendo la puerta del gabinete, se sienta junto á ella, entre ambas habitaciones. Lord Raymond se acerca á Teresa.)
- LUIS           ¡Voy á volverme loco! Apenas acabado mi sacrificio, lo paga con desdenes. ¿Qué es esto? Lo que debe ser: que el vicio recompensa á sus adoradores como el demonio á los suyos; con el infierno: dan lo que tienen. (Viendo á Teresa que rie y habla alegremente con Raymond.) (Yo me abraso: ella rie.) (Se acerca á ella y le dice aparte y bajo:) Teresa.... (Teresa no le atiende ni mira, y él repite con rábia:) ¡Teresa! (Teresa le mira con altivo desden y vuelve otra vez la cabeza hácia Raymond. Él añade con mayor rabia y tirándole del vestido con violencia hasta rasgar un lazo de él:) ¡Teresa!
- TERESA        ¡Qué disgustos me darias... si yo me los tomara! (Le vuelve la espalda. Él le dice bajo:)
- LUIS           O te separas de ese hombre, ú os abofeteo á los dos. (Teresa se levanta descompuestamente como obligada por la amenaza y viene al lado de Luis al salon: Raymond permanece en el gabinete.)
- TERESA        ¿Quieres otro escándalo?
- LUIS           Quiero, como siempre, lo que quieras.

- TERESA      Esto se va haciendo insoportable.
- LUIS        Para mí, que sufro cada hora un desden; cada minuto un recelo.
- TERESA      Para mí, que sufro una vigilancia cada día, una queja cada hora: si me miran, si me hablan, si entro, si salgo. Las mujeres de mi temperamento nacen para el mundo como las fieras para el monte; libertad ó nada. Es preciso tomarme como soy, ó dejarme.
- LUIS        ¡Eso no, no, no! ¿He de volver á los brazos ya hostiles de aquella infeliz, diciéndole: “no me trae mi amor, no me trae mi decoro: vuelvo, porque más justiciera y compasiva que yo, la liviandad me escupe de su casa como el mar escupe los cuerpos despues de ahogarlos con sus abrazos amarguísimos?,,
- ¡No: han de ser para mi tus caricias, verdaderas ó falsas; es lo mismo: mio tu pensamiento por atraccion ó por miedo; me es igual. Mi voracidad busca su placer: el tuyo no me importa!
- TERESA      ¡Y qué! ¿acabo de aguantar sin réplica injurias que aún me duelen, para ser pagada á los cinco minutos con desconfianzas nécias y con insultos brutales? Las pesadumbres de la continencia se han hecho para la virtud que reprime los instintos naturales. Pero á nosotras, almas salvajes en medio de la sociedad, ¿nos pedís la moderacion y nos negais los respetos de las demás mujeres? Sería tonto recibir el descrédito y no las inmunidades de la desvergüenza. Nada, nada de la vida séria; la vida alegre, debe ser alegre en todo.
- LUIS        ¡Prostitucion! Eres fria, como lo es el mármol; desde que nace de la tierra.
- TERESA      NO; como las cenizas; porque ya las ha quemado el hombre.
- LUIS        Abrazaba la momia de una mujer. No me quejo de eso, porque lo sabía. Pero esperaba de tí, á lo ménos, el reposo de la piedra, que se queda donde

la ponen. Te cogí de la calle, te puse en mi corazón, creí que en él quedarías para siempre con la constancia de la insensibilidad. Garantía triste, pero garantía; me he engañado: de eso me quejo.

TERESA No te has engañado. Te quiero, pero te quiero á mi modo.

LUIS ¡Me quieres á tu modo! ¿Qué modo de cariño es este, que se agranda en las prosperidades y se achica en la adversidad? ¿Traigo alegría? ¡pues delicia sobre delicia! Se me recibe como al huésped jovial que nos divierte. ¿Traigo pesares?... ¡pues dolor sobre dolor! Se me aparta como al embriagado lúgubre, que perturba las risotadas de la orgía.

TERESA Y si tú tampoco me quieres; me deseas, me necesitas porque te divierto. ¡Eres una persona decente, y pretendes que una aventurera mundana sea mejor que tú! No me convienen, no me convienen los disgustos que me traes, ¡y esto se acabó! Quiero libertad; ya lo he dicho. Me cansan tus celos, me fatigan las exigencias, me aburre la monotonía quejumbrosa de la pasión. ¿Buscabas en mí una mujer juiciosa? Si lo fuera, ¿sería tu amante? ¿Una mujer casera? A tener tal vocación, hubiera vivido con un buen esposo en una mala buhardilla.

LUIS Hasta ahora he podido romper estas cadenas, porque tenía un hogar donde olvidarte. Ahora estoy solo, vencido, atado á tí por la necesidad, y abusas de tu victoria. Está, bien; dispon, manda, tiraniza miéntas puedas. Ni celos, ni quejas, ni pretensiones. Pero quiéreme, abrázame; ¡porque te quiero mucho! ¡Ya ves si te quiero! Debía matarte por dignidad, y estoy llorando por miedo. (Llora efectivamente.)

TERESA Como lloran los niños cuando se les niega un juguete. ¡Lágrimas de enamorado! más falsas que las de la mujer. ¡Cuántas veces habrás llorado delante de la tuya siendo novios, y ya ves: ¡la estás engañando conmigo!

LUIS. ¡Ah! ¡Qué vergüenza! ¡Cuánto me despreciarás!

TERESA     ¡Bah! ¿Crees que eres el único hombre que he visto llorar? Cálmate... (Con cariño.)

LUIS        (En un trasporte de amor, y queriendo abrazarla.) ¡Teresa!...

TERESA     (Esquivando friamente el abrazo.) Véte. Mañana habrás pensado con frialdad lo que te conviene mejor. Mañana hablaremos.

LUIS        Ahora.

TERESA     No.

LUIS        Ahora ó nunca.

TERESA     No te atreves á arrostrar una eleccion.

LUIS        Ahora ó nunca.

TERESA     Pues nunca.

LUIS        Adios; mi amor te pertenece; mi dignidad, no. (Se va por la izquierda.)

TERESA     (Riéndose.) Todo. Tú volverás mañana, y ántes de la hora acostumbrada. (Alegremente y dirigiéndose á los demás personajes:) ¡Ea! pasaron las visiones negras.



## ESCENA VII

TERESA.—VIRTUDES.—LOLA.—GENERAL.—VIZCONDE.—LORD, todos en el salon.

GENERAL (Cogiendo del brazo á Lola como para marcharse.) A descansar. Buenas noches.

TERESA (Deteniéndolos.) ¡Quién piensa en dormir! (AL Lord.) Usted menos que nadie. Tenemos que hablar mucho.

LORD Pero hablar mucho es... mucho hablar.

TERESA Es muy temprano, y me han espantado el sueño. Otra taza de té, y á, jugar. Milord, á mi lado. (Sirve té en las tazas, saca barajas, y se sientan todos alrededor de la mesa del salon.)

GENERAL Vizconde, en esta casa sólo pierden los hombres.

VIZCONDE Por sabido.

LOLA Váyase porque en otras sólo pierden las mujeres.

TERESA Me han descompuesto la noche. (Mirándose un lazo roto del vestido.) Y el vestido. Después de todo, era suyo: él lo había costado.

(Hablan todos confusamente y se ponen á jugar con alegre animación, produciendo un ruido que no cesa hasta que cae el telón, que descenderá lentamente.)

## ∞ ACTO TERCERO ∞

Sala de conversacion de una fonda de San Sebastian. En el foro una gran puerta que comunica con una terraza, por la cual se sale al exterior del edificio. A los lados de la sala, dos puertas que conducen, una al aposento de LUIS, otra al de Teresa.



## ESCENA I

El General.—Luis.

**LUIS** Es tarde para retóricas y sermones. Por mucho que usted me predique y yo me arrepienta, lo hecho hecho se queda.

**GENERAL** Bien se me alcanza, que para sacarte de estos apuros servirían mejor las peluconas que la simple peluca que te estoy echando; pero dar dinero es más difícil que dar consejos.

**LUIS** Además, las circunstancias se imponen á los buenos propósitos. Separado desde aquella noche infausta de mi mujer, de quien era todo el capital; negándome mi suegro, y con justa causa, todo auxilio fuera de la triste pension alimenticia que me pasa; acosado por Teresa y por mi desgraciada pasión, obligado á vivir y vivir con lujo y sin rentas, ¿qué quiere usted que hiciera?

- GENERAL Lo que has hecho; trampas. ¡El préstamo! Lo conozco tanto como tú, porque he pasado mis apurillos en la juventud.
- LUIS Lo que más me apura es no hallar quien me preste con ninguna condicion.
- GENERAL Naturalmente; las almas grandes no se apuran por deber mucho, sino por no poder deber más.
- LUIS No sólo me he arruinado, sino hasta perdido mi crédito personal, sobre el cual he levantado deudas que estoy obligado á satisfacer ahora.
- GENERAL Parece justo.
- LUIS Pero es triste.
- GENERAL Deudas y tristeza. ¿Vas á pagar?
- LUIS Imposible.
- GENERAL Pues entonces sé generoso: quédate con las deudas, y deja los disgustos para los acreedores que no cobran; hay que darles algo.
- LUIS No es día de burlas. El caso es más serio de lo que usted piensa. Vea esa carta que he recibido anoche. (Saca una que da al General.)
- GENERAL (Después de leer.) Esto no es una deuda. Es una estafa.
- LUIS Para vergüenza mia, ese es su nombre.
- GENERAL Una estafa hecha á un comerciante de esta plaza de San Sebastian con un giro falso, por el cual puedes ir á la cárcel.
- LUIS Y eso se propone si no le reembolso dentro de las veinticuatro horas. Siga usted leyendo.
- GENERAL (Devuélviele la carta.) Aquí lo dice resueltamente. ¡Las mujeres y el juego! Hé ahí las dos pasiones corruptoras. La embriaguez embrutece, y quita

la vergüenza de la boca: no hay verdad insultante á que no se atreva un beodo. Pero la mujer y el juego envilecen, porque quitan la vergüenza del corazon. No hay delito á que no se atreva el hombre que ama una carta que no viene, ó desea una mujer que no cae.

LUIS Y para coronamiento de todo, Teresa, no contenta con esta excursion veraniega á San Sebastian, está encaprichada con un viaje por Italia durante el otoño.

GENERAL Es exigente, voraz.

LUIS SUS exigencias son cada vez más insoportables: ó he de ceder, ó he de vivir en guerra constante, porque no conoce obstáculos, como sean contra su gusto. ¡No sabe usted cómo he sufrido estos meses de verano que soñé tan felices! La intimidad doméstica desvanece el encanto de los goces ilegítimos. No hay entre nosotros otro reposo que el del hastío, ni otra paz que la del silencio. En cuanto hablamos, reñimos.

GENERAL Me alegro; así te será más fácil dejar á Teresa. Hay que poner término á esta vergüenza coto á los males que se te previenen. No es ésta ocasion para viajes, sino para remediar tu situacion, comprometida gravemente. Además, lo reclaman el ejemplo y la moral: la moral se impone siempre, sobre todo cuando no hay dinero para hacer inmoralidades. Lo primero que has de hacer es salir de San Sebastian. Mañana te trasladas á otro puerto de baños. Has cometido una imprudencia imperdonable deteniéndote, por complacer á Teresa, aquí, donde Pilar pasa todos los veranos para bañar á vuestros hijos.

LUIS Cuando yo vine no estaba todavía.

GENERAL Pero ha llegado ahora; y ya que ofendes su cariño con tus faltas, no ofendas su decoro pasándole por los ojos á tu amante.

LUIS Me iré mañana; Pilar no sabe que estoy aquí, y ménos que estoy con Teresa.

GENERAL Por lo ménos, aleja en el acto á Teresa. Empaquétala para Biarritz. Díle que viva allí con su Lola.

- LUIS           ¿Y no he de verla?
- GENERAL       Sí, hombre, sí. Haz lo que yo. Ya ves qué bien me va con haberla instalado en Biarritz. Parece que no la veo; me voy en el último tren de la noche, y vuelvo en el primero de la mañana. El ferro-carril es un adelanto moralizador. Aprovéchalo, porque la sociedad perdona todos los pecados, ménos uno: el pecado mal hecho. Necesito que te quedes hoy solo. Tengo un proyecto, el único que puede remediar tu situacion, puesto que yo no tengo aquí la cantidad bastante para remediarla.
- LUIS           ¿Qué se propone usted?
- GENERAL       Acudir, como cosa mia, á tu mujer.
- LUIS           ¿A Pilar! Despues de los agravios que le he inferido, no aceptaré cosa alguna de ella. Aparte de esto, no conseguiria usted nada. Pilar debe aborrecerme.
- GENERAL       Tu comportamiento no es para agradecido. Pero dado que te aborrezca, ama á sus hijos, y no ha de querer que queden deshonorados con la prision de su padre.
- LUIS           No consiento en ese paso.
- GENERAL       Me lo consiento yo, y basta. ¡No faltaba sino que te dejase ir tontamente á la cárcel! Voy á ver á Pilar. (Se oye á Teresa que cauta á media voz desde dentro.)
- GENERAL       Canta.
- LUIS           Viene contenta.
- GENERAL       Malo, malo. Vendrá cariñosa y estás perdido.
- LUIS           ¿Por qué?
- GENERAL       Porque te trastornará con cuatro zalamerías.

## ESCENA II

Dichos.—Teresa.—La Doncella, por el foro. Esta trae en la mano un cabás con los objetos de limpieza, y un lío de ropa de baño pertenecientes á Teresa. La Doncella atraviesa la escena y entra por la puerta de la derecha.

GENERAL    ¿Ya de vuelta?

TERESA     Vengo del baño.

GENERAL    Pues ya está usted fresca. Ahora conviene la reaccion; calor, mucho calor.

TERESA     Está muy guasona la mañana.

GENERAL    Regular. Vaya, hasta luégo (Con doble intencion.) carísima. (Bajo á Luis.)  
Despáchala en seguida. (Se vá por el foro.)



### ESCENA III

LUIS.—Teresa, que continúa su canto sin hacer caso de Luis.

LUIS (Llamándola.) ¡Teresa!

TERESA (Dejando de cantar y sin mirarle.) ¡Ola! ¿Estás ahí?

LUIS Por eso, sin duda, dejas de cantar. Ya solamente te alegras cuando no estoy en tu presencia.

TERESA El saludo de siempre: una ironía.

LUIS La respuesta constante: un desabrimiento.

TERESA No está una de humor á todas horas.

LUIS Lo estás cuando esas horas son para los demás. Guardas para ellos las gracias; para mí las pesadumbres.

TERESA La confianza...

LUIS El menosprecio; me has acostumbrado á verte, más que con deseo, con miedo. Vivir de este modo no es un placer, es una condenacion.

TERESA Hablemos de algo alegre. ¿Cuándo nos vamos á Italia?

LUIS Pronto.

TERESA ¡Tengo unas ganas de ir allá! Señaladamente á Roma. ¿Es la capital?

LUIS Sí.

TERESA ¿Habrá en ella mucho lujo? Reyes, cardenales, duques, extranjeros poderosos. Los italianos son muy guapos, y casi todos príncipes. (Gesto de disgusto en Luis. Teresa dice advirtiéndolo:) ¿Te enfadas? No les temas. ¡Son pobres! No tienen de príncipes sino las malas costumbres. ¡Qué gusto! ¿Me llevarás pronto? ¡Cuánto me quieres! (Teresa dice estas frases con alegría infantil, y dando muestras de cariño á Luis.)

LUIS ¡Qué movilidad!

TERESA La de la mujer; el antojo es su razon.

LUIS La del azogue: amalgama bien con el oro.

TERESA ¿Me llamas interesada? Sabes que no. Derrocho lo ajeno; tambien lo mio. Arruino, pero no guardo. Me concreto á pedir los placeres del capricho á que tiene derecho quien ha perdido los placeres de la dignidad.

LUIS No te acuso de avara: me acuso de pobre. Es ya preciso que conozcas mi situacion. No me atrevia á declarártela; la he ocultado por delicadezas mal pagadas. Hasta por egoismo, porque sé que ante tí una declaracion de pobreza es un título de desprecio. Sábelo de una vez: me he arruinado completamente.

TERESA (Con incredulidad.) No tengas bromas pesadas. No dices la verdad.

LUIS Efectivamente; he debido decir: “Me has arruinado., No te engaño. Mira este papel. (Le da la carta, que dió ántes al General.)

TERESA (Despues de examinar los papeles, devolviéndolos á LUIS y con seriedad.)  
¿Con que es verdad?

LUIS ¿Te desconsuela? ¡Sabe Dios que lo siento solamente por tí!

TERESA Yo por tí. (Toca un timbre, y cuando se indique, saldrá la Doncella.)

LUIS ¿Pero por eso no dejarás de vivir conmigo?  
(Con frialdad, distraida y como pensando en otra cosa.) Sí...

LUIS ¿Pues qué me importa lo demás? Aún podemos gozar de la felicidad modesta.

TERESA ¿Pero esa es posible? ¿cómo?

LUIS Trabajando.

TERESA No sé trabajar.

LUIS No, no. Trabajaré por los dos: el dia por mí, la noche por tí, á todas horas, reservándome una para tus caricias. Sabré ganar lo necesario.

TERESA ¡Y si en nosotros lo necesario es el lujo! Hemos matado la felicidad modesta, tú por tu origen, yo por hábito. Dame de comer solamente pan duro: lo recibiré sin repugnancia. El hambre es mi amiga de la niñez. No me quites uno sólo de mis brillantes: los quiero más, porque los he conocido más tarde. (A la Doncella, que sale por la derecha.) Ven á peinarme. (Aparte, y bajo y con rapidez.) Ve en el acto al cuarto de Lord Raymond. Díle que le llamo.

DONCELLA ¿Algo más?

- TERESA      Prepara enseguida nuestro equipaje. (Se va la Doncella por el foro. Teresa, en vez de volver al sitio que ocupaba junto á LUIS, se coloca á distancia como huyendo, de él, y en actitud de indiferencia y aburrimiento. Luis se acerca á ella que le recibe con despego.)
- LUIS          ¿Te niegas á todo?
- TERESA      ¡Imposible, imposible! ¿Para qué ofrecer lo que no se ha de cumplir? Sé que me cansaría pronto.
- LUIS          Pues bien, hasta que te canses.
- TERESA      Ni quiero la pasión indigna que se conforma con los desperdicios, ni quieras á las mujeres que, no amando ya, siguen entregándose sin deseo, por una próroga de cortesía. Vendrían el hastío del amor, la nostalgia del lujo, la envidia de lo ajeno, y por término, la traición.
- LUIS          (Arrebatado). ¡Y entónces la muerte!
- TERESA      Llegó el turno de las ofensas. No me sorprenden. Conozco las intermitencias del cariño: frío y calor, ternezas ó insultos, ódios y perdones. No hay amor ardiente si no quema alguna vez la cara del ídolo. (Apartándose de Luis con malas maneras.) Hemos acabado. Quiero ir á Italia. Iré, cueste lo que cueste.
- LUIS          Es imprudente insistir.
- TERESA      Pase lo que pase.
- LUIS          No puedes ir conmigo.
- TERESA      (Bruscamente.) Sea con quien sea.
- LUIS          (Para sí.) ¡Sea con quien sea! ¡Ah, Lord Raymond está aquí! ¡No se irán! ¡Antes mataré á los dos! (Se va por la izquierda.)

## ESCENA IV

Teresa.—Lord Raymond por el foro. TERESA, al ver llegar á Raymond, se dirige á la puerta IZQUIERDA y mira con CAUTELA por ella para asegurarse de QUE Luis no la vé.

DESPUES SE dirige á RAYMOND y LE DICE

TERESA Milord, ¿cuánto hace que le estoy viendo á mi lado sin llamarlo?

LORD Diez meses.

TERESA Ya era hora de que le viera una vez porque le llamo.

LORD ¡Oh! Hice bien en fiarlo todo al tiempo.

TERESA (Con coquetería.) ¿Sólo al tiempo?

LORD Es que el tiempo es oro para los ingleses.

TERESA Comprendo ahora que ustedes fien todo al tiempo.

LORD Y todavía no era pasado para mí. Me dí doce meses de plazo: faltan dos. Si los necesita, me retiro y volveré.

TERESA (Con zalamería.) ¿No tiene usted prisa?

LORD Nunca. Sé que los días son un capital que no ha de faltarme mientras viva. Y despues, no los hé menester.

TERESA No es muy firme su... su...

LORD Capricho.

TERESA Bien; llamémoslo capricho.

LORD Lo llamo como se llama. No pongo apodos á los sentimientos.

TERESA Hierde un poco mi vanidad... pero... en fin... vamos á ser buenos amigos. (Con acento persuasivo y cariñoso.) Necesito de su brazo. (Se coge de él y ambos se pasean lentamente por la habitacion. Teresa apura en esta escena todos sus recursos de coquetería en miradas, tonos y actitudes para enamorar á Raymond.)

LORD Por lo visto, llegó la revolucion.

TERESA Y seremos perseguidos por el gobierno constituido.

LORD Se emigra á países libres.

TERESA Por ejemplo, á Italia.

LORD Donde quiera. No tengo que hacer nada en ninguna parte del mundo.

TERESA Pues bien, querido, querido ¿cuál es su nombre?

LORD Lord Raymond.

TERESA Ese es el título de familia. ¿El nombre personal?

LORD James.

TERESA Como todos los ingleses: debí presumirlo. Pues bien, querido James.

LORD Lord Raymond (Corrigiendo la confianza de Teresa.)

TERESA Pero el cariño da otro tratamiento más íntimo.

LORD Hablemos seriamente. (Interrumpiendo el paseo.)

TERESA Así lo hago.

LORD No es hablar seriamente hablar de su cariño. Irá usted á Italia. Establezcamos condiciones.

TERESA (Dejando el brazo de Raymond, y ofendida.) ¡Condiciones! Esto parece un contrato de alquiler. Divierto, pero no me ajusto. Milord, no sabe tratar á las mujeres. Le tenía por un hombre de mundo, conocedor de nuestras debilidades.

LORD Conozco á todas las mujeres del globo. Las de Lóndres, de París, de Viena, de San Petersburgo; en mis largos viajes no he visto sino dos mujeres con millares de caras, la mujer buena y la mujer mala. Sé tratar con ambas.

TERESA No conoce usted á la tercera.

LORD ¿Cuál es?

TERESA (Con dignidad.) La española. Aquí, hasta las malas tienen algo de bueno: la altivez.

LORD ¡Ah! Me complace. Quiero la fiereza... para vencerla. Por eso buscaba un alma meridional. No diremos condiciones: advertencias. Sepa usted que no quiero engañar ni ser engañado. Ni incomodar, ni que me incomoden. Libertad recíproca.

TERESA Eso sí.

- LORD Pero con mucho cuidado. Ni digo injurias, ni pido celos, ni doy bofetones. Cuando se me falta, desaparezco sin armar ruido. Cuando me canso, aviso é indemnizo. Pero si usted se cansa, quiero tambien ser avisado con anticipacion, y nada más. No me divierten las complicaciones melodramáticas. (Pausa. Teresa queda pensando.) ¿Lo piensa usted? Para eso la he prevenido.
- TERESA No soy hipócrita. Me gusta la franqueza. Pero no tanto, no tanto...
- LORD Volveré. Tiene usted los dos meses para meditar. (Hace un movimiento como para marcharse.)
- TERESA (Con resolucion, deteniéndolo.) No medito las locuras: por eso las hago. James, á Italia.
- LORD Mañana. (Saca una cartera del bolsillo.) Usted tendrá deudas.
- TERESA (Avergonzada.) ¿Y QUÉ importa?
- LORD Importa á mi reputacion. Desde ahora todo me lo deberá usted á mí.

## ESCENA V

Teresa.—Lord Raymond.—LUIS.—Este ha presenciado la última parte de la escena, llegando despacio hasta Teresa y Raymond. Cuando éste dice la última frase, se interpone LUIS, y tomando la cartera de manos de Raymond, dice á Teresa

LUIS           Toma ese dinero. Yo no tengo nada que darte.

(Arroja á Teresa la cartera que cae al suelo.)

Teresa        (Aparte á RAYMOND.) Que no lo sepa.

Lord         (A Teresa.) ¿Cuento con usted?

Teresa        Sí: pero prudencia.

Lord         No tenga usted miedo. Queda bajo el pabellon inglés. (Aparta á Teresa, quien queda sentada léjos junto á una mesa, volviéndoles la espalda y en-

tretenida durante la escena con la lectura de un periódico, ó de la manera y con los detalles que la actriz crea convenientes. Por su parte Raymond, despues que Teresa se haya retirado, recoge muy tranquilamente del suelo la cartera y dice á LUIS:) Sería mucha esplendidez tirar tanto dinero... si fuera propio.

LUIS En cuanto á usted, Milord, le trata como merece, y me reiria si entre usted y ella no estuviera mi corazon que recibe esa ofensa. Necesito explicaciones.

LORD Me disponia á dárselas en el acto. Pero en rigor, ¿busca usted una explicacion ó un duelo?

LUIS Quiero ambas cosas; pero si ha de ser una sola, el duelo.

LORD Para quererlo, basta una voluntad; para reñir, se necesitan dos, y nunca me bato sin motivo.

LUIS Lo tengo yo.

LORD ¿Contra mí que la favorezco? (Por Teresa.)

LUIS Contra ella.

LORD Pues bátase usted con ella.

LUIS Basta de burlas, milord. En España tenemos otras costumbres. El hombre es responsable de los agravios que hace la mujer.

LORD Tambien en Inglaterra, cuando la mujer es mujer.

LUIS Además, usted me la roba con traicion.

LORD Con traicion, no; con su voluntad. No oculto la mercancía como ratero que la hurta: me la llevo, mostrándola como comprador que la paga.

LUIS           ¿Qué quiere usted decir? ¿Que esa mujer no merece que dos caballeros se batan por ella? Concedido. ¿Que es indigna de una persona decente? Concedido tambien.

LORD           Razon para agradecer que se la lleven.

LUIS           Será indigna, pero la amo con toda mi alma. Será ceguedad, será desatino, lo que se quiera; pero es pasion, y contra una pasion no hay razones. La tomo porque la necesito; no me la llevan, porque no quiero.

LORD           ¿Y si ella quiere?

LUIS           Yo no lo consiento. ¿Soy loco? ¡Pues loco! no discuto, ¡acometo!

LORD           Mientras no conté con la conformidad de Teresa, la he respetado: cuando cuento con ella, la haré respetar.

LUIS           (Amenazando.) Usted verá cómo. ¿No hay buen modo de hacerle entender cuanto le aborrezco?

LORD           Tiene usted buen modo, si yo quisiera entender. En otra ocasion, una sola, no una, media palabra de las que ha dicho, me hubiera sobrado para batiirme, porque me importa poco mi vida, y ménos la de los demás. Pero no sea tonto, bastante lo ha sido ya.

LUIS           ¡Milord! ¡Está injuriándome!

LORD           Yo no, su propia conducta.

LUIS           ¡No tolero que me la eche en cara!

LORD           Aunque no lo tolere. Usted se apasionó de una mujer volante, incapaz de responder á ese noble sentimiento. No fué culpa de ella, sino error de usted. Por Teresa ha dejado su casa, abandonado á su esposa, perdido su fortuna, y por remate no tiene el dolor de morir ó de matar en un

duelo, porque se encuentra con un hombre sério y frío que toma estas cosas como son.

LUIS           ¿Usted se ha propuesto humillarme con lecciones de cordura? Aunque las necesite de todos, no las acepto de nadie.

LORD           ¿Y ha decidido inventar ese pretexto para batirse? Pero yo he decidido no dárselo. No me hago cómplice de tonterías.

LUIS           Bien; será razón, ó será pretexto, ó ni pretexto ni razón; lo que guste: desahogo de la ira que le tengo. O se bate ó le azoto la cara aquí mismo. (Se dirige á él amenazadoramente.)

LORD           (Friamente.) Ni aquí ni en ninguna parte. Le sujetaré con mis puños. (Luis va á acometer á Lord Raymond, y éste le coge ambas muñecas con sus manos, y le deja sin movimiento.)

LUIS           (Colérico.) ¡Es usted muy cobarde!

LORD           (Siempre sereno.) No: muy fuerte. Las pasiones no me han debilitado como á usted, (Señalando á Teresa.) ¿Merece el honor de matarse por ella? Es imposible. Descubre usted ahora su engaño y guarda la misma actitud indiferente que guardó cuando Pilar descubrió el engaño de usted. Nos ve venir á los manos, y ¡cómo se interesa por nuestra vida! ¡Sabe que siempre ha de quedarle vivo uno de los dos! (Soltándole.) Créame, amigo mío; estas señoritas dan dos grandes placeres; uno, cuando se las ve venir; otro, cuando se las ve marchar. Agradézcase usted el primero: déme las gracias por el segundo. Se la dejo aquí unos minutos. Yo no siento celos por mujeres que no son de nadie. Voy á pagar su cuenta del hotel; entretanto, pueden ustedes despedirse á la española: con llanto ó á bofetadas. Hasta ahora, (Se va por la derecha.)

## ESCENA VI

Luis.—Teresa.—Aquél se acerca á ésta, que permanece sentada aparte como ha estado durante la escena anterior.

LUIS           ¿Te has ajustado para Italia? (Pausa, durante la cual Teresa no contesta y se pone á tararear de prisa una cancion, no con tono de alegría, sino de enojo y de impaciencia, como cuando mortifica una conversacion que no se quiere continuar; LUIS dice con más furia:) ¿En cuánto te has vendido?

TERESA       No debes quejarte; te he preferido, pidiéndote ese viaje ántes que á nadie. España me ha cansado.

LUIS           La compañía de la pobreza cansa pronto. Lo comprendo. ¿Pero qué necesidad tenías de engañarme? ¡Me has dicho tantas veces que querías!

TERESA       Todas las veces que te he querido.

- LUIS            Amor por horas.
- TERESA        Ese es mi temperamento. Quiero y olvido con igual facilidad. En el cuarto de hora de mi apasionamiento, daría por tí mi vida; diez minutos despues, no daría nada por la tuya.
- LUIS            ¡Qué cruel es el impudor! Una mujer digna me ocultaría estas verdades.
- TERESA        Por piedad.
- LUIS            O por miedo de que la matara. (Amenazándola.)
- TERESA        ¡Miedo! y ¿por qué? ¿Tienes, acaso, derecho para maltratarme? Puede castigarse á quien no cumple obligaciones contraídas; ¿cuáles tengo yo contigo?
- LUIS            Me has jurado fidelidad.
- TERESA        Exígela á quien la jura ante el altar, no á quien la jura en la borrachera. Adquirí la obligacion de divertirme; pero no consiento la tiranía del monopolio; bastante tiempo te he divertido.
- LUIS            No recuerdes lo pasado, porque desespera más que no alcanzar la dicha deseada, perder la cogida entre los brazos. (Con gran pasion.) Otros que no los míos sentirán por sus nervios el placer que tiembla bajo la carga hermosa de tu cabeza. Otras manos acariciarán tus cabellos que tantas veces, por juntos, me parecieron míos. Otros lábios despertarán tus ojos medio dormidos por la congestión de la felicidad. ¡No, no me recuerdes lo pasado, porque de él vienen aires cálidos que me abrasan la sangre y me enloquecen el juicio!
- TERESA        Pues no todos han tenido igual fortuna. Conténtate con ella.
- LUIS            Bien; no te obligarán los deberes: el pacto de dos impurezas no tiene validez. No te obligará el amor del insensato que ha entregado su cora-

zon, su pensamiento y su vida á quien debia entregar solamente las horas de pasatiempo. No te obligarán los sacrificios de quien por una palabra tuya ha dejado riqueza, hogar, esposa, hasta la dignidad propia, y ¿qué más? ¿hasta el amor de los hijos! No te obligará la gratitud de los favores recibidos; nada que sea honrado ó digno ó alto. Te obligará lo material, lo grosero, lo bajo como tú. Las víboras se escurren de entre los dedos, pero las agarrota bien la tenaza. ¿No puede contigo la pasion que rinde á la mujer? Pues valga el instinto brutal de la fiera que muerde y sacude á la hembra que se le resiste. ¡Estás pagada: cumple tu servidumbre ó te la haré cumplir á latigazos!

TERESA       ¿Pagada?

LUIS           Has consumido mi capital.

TERESA       La hermosura es el mio, y algo has consumido de él. En paz. ¿O creias comprar toda mi vida?

LUIS           Te tenía por mercadera, pero no de pretensiones tan ruines que te vendieras al por menor.

TERESA       (Con tono de amenaza.) No hablemos de ventas.

LUIS           ¿Pues de qué he de hablar con quien no estima su hermosura, sino por el precio que le produce?

TERESA       ¿Y lo dices tú? ¿tú? ¿Por qué te casaste con tu mujer? ¡Te espanta que se haga pagar un vicio, y te hiciste pagar un Sacramento!

LUIS           ¡Ah, miserable! (La ase con ira de un brazo).

TERESA       (Con miedo). ¡A una mujer!

LUIS           Has perdido sus inmunidades. (La sacude con violencia hasta hacerla caer sobre un divan).

TERESA Pero no las desventajas de su debilidad. (Con ira concentrada y como sintiendo no poder vengarse). No tienes vergüenza.

LUIS No me lo dirá más quien me la ha robado. (Golpeándola.)

TERESA ¡Te ensañas conmigo, cobarde!

LUIS ¡Calla, ó te ahogo aquí mismo! (Cogiéndola por el cuello.)

## ESCENA VII

Dichos.—El General.—Pilar, que viene apoyada en el brazo del General. Al verle en el umbral de la puerta, LUIS levanta apresuradamente á Teresa, que está en el suelo, y trata de componer su figura afectando serenidad. Por su parte Pilar, sorprende todos estos actos desde la puerta y se queda detenida en ella, resistiéndose á avanzar. El General la obliga á entrar atrayéndola por el brazo. LUIS queda como avergonzado á un extremo de la escena, sin mirar á Pilar.

TERESA      Nos ha visto: me alegro. Ahora entiéndete con ella. (Se va por la derecha.)

PILAR        (Al General.) ¡Y para esto me ha traído usted! ¿Es esta su soledad? ¿Este su dolor? ¡Me dijo usted que estaba amenazada su honra, y le encuentro amenazando á mujeres que se resisten! No me sorprende ninguna burla de él: no esperaba de usted este escarnio.

- GENERAL Ni yo tampoco: ántes que nada, soy un caballero. Tienes razon. Te he obligado á venir para convencerte de que estaba solo. Debia estarlo: no lo creias. ¡Conoces mejor que yo su insensatez!
- LUIS Líbreme usted de las angustias de esta situacion.
- GENERAL Tú te la has creado, aguántala. Me pierdo por las mujeres: creo que todo lo que se hace por ellas merece excusa; todo, ménos la estupidez. La has cometido; págala, como pagaré las mías. Yo venía en tu ayuda; ahora me paso al enemigo.
- PILAR ¡Con cuánta razon dudaba! Por eso queria convencerme ántes de hacer nada por él. Me disponia á salvar su honra, pensando que saldaba su última cuenta con la perdicion. Lléveme usted de aquí, tio. No quiero proveerle de oro para que me lo tire despues al corazon:
- GENERAL (A LUIS.) Aquélla, adorada, te ha encanallado: ésta, despreciada, te traia tu rehabilitacion. ¿No te atreves á mirarla? Haces bien. La cobardía es á veces una sombra del pudor.
- LUIS (A PILAR.) Haz de mí lo que quieras. Desprécíame, insúltame. Será otro nuevo castigo. Todos los merezco.
- PILAR No esperes ya de mí lamentos ni arrebatos: los gasté todos en el primer alarido de mi amor asesinado. Estoy ahora tan familiarizada con el dolor, que lo llevo sin la ostentacion del ruido.
- LUIS Dejadme; dejad que me pudra en la soledad, que me muera en la cárcel: pero líbrame de las torturas de tu presencia, peor que la desesperacion, porque es mi remordimiento.
- PILAR Sí; vamonos; no quiero sufrir más.
- LUIS ¡Habrás sufrido mucho! ¡Pero estás bien vengada! ¡Qué pesares, qué degradaciones, qué vergüenza he pasado! Y para colmo de ellas, ni he podido

hallar una muerte consoladora, porque un hombre sereno me la ha negado. ¡Mirad si necesito compasion!

GENERAL La traia para que te compadeciera: despues de lo visto, reconozco que es imposible. ¡Pues no faltaba más! Los calaveras, á divertirnos, á pasar las noches desvelados por el estruendo de la orgía. ¿Qué importa, miéntras la virtud, desvelada por el rodar de lágrimas que nadie enjuga, pero segura en el hogar, sentada con resignacion junto al lecho vano, nos espere con los brazos abiertos para que le llevemos las sobras de nuestras bacanales, cuando otra mujer no las quiere? Nos juramos fidelidad mútua ante el mismo altar. ¿Rompe el deber la esposa? Pues infamia y castigo. ¿Lo rompe el esposo? ¿Qué importa? Olvido é indulgencia. ¡Como si el deber tuviera seso! Soy pecador impenitente: no echo agua bendita sobre mis manchas: despues de este sermon, volveré á las andadas. Pero al fin soy soltero y no daño á nadie sino á mí mismo. ¡Qué diablo! hay que dar la razon á quien la tiene. (A PILAR.) Haces bien en rechazarlo, aunque le dejes en la desesperacion.

PILAR Y él, ¿qué queria dejarme? Un alma podrida en la crápula y unos brazos enervados por las crispaciones del amor infame. Guárdelos para quien se estime en ménos que yo.

GENERAL En cuanto á su honra, rescátala.

PILAR No por ser suya, por ser la de sus hijos. Ya que no llevan su amor, no llevan á lo ménos un nombre registrado en las cárceles por delitos infamantes.

GENERAL ¡Pobres pequeñuelos! Se me saltaba el corazon de gozo y de ira al dejarlos ahora. ¡Cuanta boquita besando y diciendo: “otro beso, mamá,,” “mamá, que vuelvas pronto!,,

PILAR ¡Besos de ángeles que regocijan mi soledad!

GENERAL ¡Cuánta mano menuda saludando desde la puerta á su madre, en quien han concentrado todo el cariño y todas las caricias que hubieran repartido entre los dos!

LUIS Les has enseñado á no quererme. ¡Ya no se acordarán de mí!

PILAR ¿Te has acordado de ellos?

LUIS Quiero verlos, besarlos y morir despues.

PILAR No te besarian. Se asustarian de tí como de un extraño.

LUIS (Con dolor profundo.) ¡Y soy su padre!

PILAR ¿Qué has hecho para parecérselo? Los abandonaste una noche.—“¿Y papá?—preguntaron. Pasó otro día.—“¿No viene papá?„—Está lejos—“¿Pero cuándo llega? Estará muy lejos.,—Sí, muy lejos de nosotros.—“Entónces estará en el cielo., En el cielo, les respondí, y lo creyeron; y en vez de llorar, se alegraron por verte tan bien colocado.

LUIS ¡Les has dicho que he muerto! ¡Cruel!

PILAR Para que algun dia te lloren en vez de odiarte. ¡Mira si he sido generosa contigo! Ahora, adios; tus deudas serán pagadas. No me lo agradezcas: agradécelo á tus hijos, que con su patrimonio costean su desgracia y las lágrimas de su madre. No esperes de mí otra cosa. (Al ver á Teresa que aparece en la terraza, añade:) ¡Lo demás, de esa!

## ESCENA VIII

Dichos.—Teresa y Lord Raymond, que, cogidos íntimamente del brazo, atraviesan con aire indiferente la terraza de derecha á izquierda. Pasarán á la vista del público, y muy lentamente.

LUIS           (Por Teresa.) ¡Todo, todo perdido por esa meretriz!

GENERAL      Que se va con quien le paga mejor.

LUIS           (Desesperado.) Pues todos me abandonais, no se irá.

PILAR.        Véte con ella. ¡Para mí has muerto!

LUIS           ¡Pobre para el pecado! ¡Muerto para la honradez! ¡Muerto para mis hijos!  
¡Pues lo muerto, á la tierra!

(Se va por el foro, detrás de Teresa.)

- GENERAL (A Pilar). Mucho le aborreces.
- PILAR No: pero no le amaré jamás. Es el único derecho que la justicia social deja á la mujer burlada.
- GENERAL ¡Y para qué necesitais otro miétras vivan esos jueces con faldas! (Aludiendo á Teresa. Suena un tiro dentro. Teresa y Raymond vuelven apresuradamente á la escena.)
- GENERAL (A Teresa.) ¡Huyes de él! Es que se ha suicidado.
- TERESA Delante de mí.
- PILAR (Gritando con angustia y corriendo hacia afuera, donde se supone que está Luis.) ¡Luis de mi alma!
- GENERAL El vicio los quiere vivos. ¡El amor verdadero los llora muertos! (Sale tambien tras Pilar y quedan en la escena Raymond y TERESA).

FIN.





unas palabras sobre



*Las Vengadoras*  
Drama en tres actos y en prosa

CONCHA FERNÁNDEZ SOTO



Portada de Las vengadoras. Madrid: Imp. Alrededor del Mundo, 1918, colección Los contemporáneos

Entre las variadas formas de reivindicar a un autor dramático, ninguna tan decisiva como la de editar su obra. En este caso es una labor necesaria porque la investigación sobre el teatro de la Restauración es deficiente, y como consecuencia de ello muchas de sus interesantes personalidades literarias (Leopoldo Cano, Enrique Gaspar, Joaquín Dicenta, José Felú y Codina, o el propio Sellés) están sumidas en la más completa oscuridad. Además, la importancia de la vida teatral en el tejido sociocultural de ese último cuarto del siglo XIX y la certeza de que aún quedan muchos aspectos por explorar en la vida y la historia de ese teatro representado nos ofrecen nuevas claves para justificar una edición crítica como la que hoy presentamos en esta Galería de lecturas pendientes de la Biblioteca Virtual de Andalucía.

Es cierto que hoy Eugenio Sellés (1842-1926) es un dramaturgo olvidado, pero en su tiempo se le tuvo en alta consideración, sobre todo por la oficialidad de la España de la Restauración. No en vano se atrevió con todos los géneros y tuvo una rica y polifacética personalidad. Pero la historia literaria sólo le recuerda por su producción dramática, en especial por dos de sus obras, *Las Vengadoras* (1884; 1892), y en particular por *El Nudo Gordiano* (1878), un éxito sin precedentes desde el punto de vista de la sociología teatral, comparable en su magnitud a la resonancia de estrenos como *Juan José* de José Dicenta (1895) o *Electra* de Benito Pérez Galdós (1901).

## 1. APUNTES BIOGRÁFICOS Y EVOLUCIÓN DRAMÁTICA

Eugenio Sellés y Ángel nació en Granada el 4 de Abril de 1842. Sus estudios primarios los hace en Granada y se licencia en Derecho en Madrid.

Tras terminar la carrera ejerce en oscuros cargos burocráticos de provincia, pero pronto siente la “urgente llamada de Madrid”, y allí se establece un año después del estallido revolucionario, deseoso de participar en los cauces de opinión periodística y en la militancia de los grupos sociopolíticos progresistas y demócratas que ideológicamente habían ayudado en la “Gloriosa”.

Su vida quiere dedicarla por entero al periodismo y su buena pluma le permitió ir adquiriendo notoriedad en la vida madrileña e ir integrándose en la vida cultural de la capital. Colabora como periodista en *La Iberia*, luego en *La Revolución*, aunque fue en *El Universal*, donde recibió su consagración periodística, y desde donde obtuvo varios cargos de Gobernador Civil. Tras la Restauración, intensificó su labor periodística, obteniendo notoriedad con la serie de artículos históricos publicados en *El Globo*, con el título de *La Política de capa y espada* (1876).

Durante el Sexenio Democrático, las actividades políticas de Sellés se encuadraron en el Partido Demócrata Monárquico y, posteriormente, en el Partido Radical, pero a principios de 1873, con la abdicación del rey Amadeo de Saboya, se puso término a la influencia ejercida por estos grupos políticos. Durante el régimen monárquico-constitucional, el granadino puso su pluma al servicio de la causa de Amadeo de Saboya, (militando en el Partido Radical de Ruiz Zorrilla), y gracias a ello desempeñó el cargo de Gobernador Civil en varias provincias (Canarias o Soria). En 1873 vuelve a Madrid y se abstiene de intervenciones políticas hasta 1874.

En los primeros años de la Restauración, Sellés permaneció vinculado al Partido Radical, pero se mantuvo alejado de responsabilidades políticas, elevando su reputación literaria. En los dos primeros años del reinado de Alfonso XII escribe numerosos artículos en los mejores periódicos de Madrid y en 1881, cuando Sagasta accede al gobierno, Sellés entra a formar parte del Partido Liberal con los fusionistas, obteniendo distintos nombramientos de Gobernador.

Pero siempre fue y se sintió como un autor dramático y aunque cultivara bien otros géneros literarios dedicó al teatro sus mayores esfuerzos.

Respecto a su adscripción como dramaturgo observamos que se puede situar a Sellés -con todas sus limitaciones y divergencias- dentro de una generación de dramaturgos nacidos en torno a la década de los 40 (Enrique Gaspar, Leopoldo Cano, Ángel Guimerá, José Felíu y Codina, Adelaida Muñiz y Mas y Rosario de Acuña), generación más o menos homogénea de dramaturgos que, con sus particularidades personales, estrenaron sus primeras obras en los comienzos de la Restauración española, a la sombra de Echegaray (1832-1916).

En cuanto a su vocación teatral, en realidad, la mantuvo oculta hasta que sus compañeros de redacción en *El Imparcial* descubrieron que era de su autoría una de las obras

que había obtenido más éxito en su estreno, el drama histórico sobre Enrique de Trastámara, *La Torre de Talavera* (1877). El éxito de la obra le animó a abandonar su puesto de articulista en *El Imparcial* para dedicarse de lleno al teatro.

Posteriormente, estrenó el también drama histórico *Maldades que son justicias*, (1878), ambientado en la época de Felipe III; pero a Sellés le llegará su gran éxito con el estreno de *El Nudo Gordiano* (1878), cuyo papel principal fue interpretado por Antonio Vico. La obra consiguió estar “cien noches” seguidas en cartelera. Fue calificada por algunos críticos como drama de reforma social, dado que respondía al vínculo matrimonial y a asuntos tan relacionados con él, como eran el adulterio y el divorcio.

Tras este estreno subió su cotización como dramaturgo, y aumentó la atención que, en adelante, la prensa dedicaría a cada una de sus producciones. Fue convirtiéndose en una figura necesaria en el ambiente teatral madrileño y paulatinamente, y gracias a sus habilidades sociales, fue adquiriendo cargos de responsabilidad directiva en las instituciones culturales más importantes del Madrid restauracionista: fue Vicepresidente de la Sección de Literatura durante el curso 1880-81, y en 1892 ya ocupó la presidencia de la misma Sección; en 1894 fue elegido Académico de la Lengua y también llegó a ser Presidente de la Sociedad de Autores de 1905 a 1909.

En 1880 estrenaría *El cielo y el suelo*, drama que no fue bien acogido, ni por el público ni por la crítica. Luego estrenó *Las esculturas de carne* (1883), obra que se consideró en su momento cómo el inicio del naturalismo teatral en España. En esa línea, y tan sólo meses más tarde se estrenaba el drama que marcaría el cenit de la reacción social conservadora contra el naturalismo, *Las Vengadoras* (1884), y que Sellés consideraba su obra favorita. Al año siguiente, Sellés estrena *La vida Pública* (1885) en la que ataca los vicios de la oligarquía burguesa.

Tardó siete años en volver a estrenar y tras un proceso de reflexión personal, con la compañía de María Tubau presentó una refundición de *Las Vengadoras* (1892). Le siguió el estreno de *El celoso de su imagen o hacer mal por querer bien* (1893), donde retoma el drama histórico con Antonio Vico de protagonista. En la temporada siguiente, Sellés no presentó ninguna obra porque se había convencido de que la mejor compañía era la de M<sup>a</sup> Guerrero. Por ello, en 1896 ésta llevó a la escena el drama bíblico, *La mujer de Loth*, dentro de su lujosa programación de “lunes clásicos”.

A continuación, la compañía del actor italiano Ermete Novelli estrenó *Los domadores* (1896) y M<sup>a</sup> Guerrero volvió a protagonizar *Cleopatra* (1898), programada para la cartelera de los *viernes de moda*. La involución de Sellés comienza en los albores del siglo XX, cuando desde su anterior realismo naturalista trata de acomodarse a las nuevas tendencias teatrales; así le vemos un tanto desorientado, con estrenos de teatro social en escenarios inadecuados, como sucedió con *Los caballos* (1899), en el teatro Lara, o *Las serpientes* (1903), en el teatro de la Comedia.

Pero Sellés, en un intento de sobrevivirse literariamente a sí mismo, va finalizando su andadura teatral a base de escribir zarzuelas en colaboración con músicos de la talla de Amadeo Vives o Ruperto Chapí, creemos que por necesidades económicas, convencido de que el género musical era el único verdaderamente rentable. En los últimos años de su producción, Eugenio Sellés también cultivó el monólogo. Finalizaría su andadura teatral con el estreno en 1911; 1915 de *Ícara*, un drama a cargo de Margarita Xirgu en el que parodia el feminismo y las luchas sociales emergentes de finales del siglo XIX.

### 3. LAS VENGADORAS (1884/1892): ESTRENO Y RECEPCIÓN CRÍTICA

El teatro de Eugenio Sellés y Ángel elige a la mujer como objeto temático preferente, y en este sentido no se aparta mucho de la tendencia de sus coetáneos (Leopoldo Cano, Enrique Gaspar, Joaquín Dicenta, Benito Pérez Galdós o José Echegaray).

En un drama como *Las Vengadoras* (1884/1892), el autor no presenta como en dramas anteriores el prototipo de mujer adúltera, “perdida” en su honor, como en *El Nudo Gordiano* (1878) o *Las Esculturas de carne* (1883), que no se aparta de los arquetipos culturales y sociales al uso, sino que aquí ya aparece en escena un novedoso tipo femenino, la prostituta, con el que no estaba familiarizado el público ni la crítica asustadiza de la época, si no era desde las propuestas del género chico. Serán las “mantenidas”, “queridas”, “descarriadas”, versión española de las *demimondaines* y *cocottes* del teatro francés; prostitutas corrientes y mezcladas con la sociedad de buen tono madrileña que no cabían en los escenarios españoles todavía, y no eran aceptadas por el público burgués si no venían de la mano del romanticismo francés.

El 10 de Marzo de 1884 llegaría la obra al madrileño Teatro de la Comedia, a cargo de la Compañía de Emilio Mario, con la actriz María Tubau -en el papel de la prostituta Teresa- y a Enrique Sánchez de León en el de Luis. El estreno elevó el diapasón de la reacción social contra el naturalismo y siguió alimentando la polémica sobre el realismo y el idealismo en literatura. La obra se siguió con gran expectación ya desde la lectura del 7 de febrero y los últimos ensayos, que tuvieron carácter público.

La obra se había presentado en un teatro como el de La Comedia, que tenía cierta tradición en acoger las tentativas dramáticas más innovadoras, dado el empeño personal de Emilio Mario, pero la obra sólo tuvo ocho representaciones consecutivas, desde el 10 de marzo al 17.

*Las Vengadoras*, como antes *Las Esculturas de carne*, recibirían la etiqueta de “naturalistas”, pese a su fuerte carga moralizadora, dado que el dramaturgo abordaba con crudeza temas espinosos y de gran alcance social como el adulterio-femenino o masculino- y en este caso, la prostitución, por lo que se aseguraba una recepción escandalosa. El argumento de la obra va a girar en torno a las andanzas de Teresa, una auténtica profesional de su oficio de prostituta; frente a ella está “la mujer honrada”, Pilar, esposa de Luis, que mantendrá una lucha estéril por retener a su marido junto a ella. Toda la obra quedará articulada pues, en torno a la dialéctica entre dos arquetipos femeninos polarizados entre la bondad y la maldad, teniendo como telón de fondo el ambiente de corrupción en que se desenvuelve una parte de la alta sociedad madrileña-burguesía y nobleza-que frecuenta estos prostíbulos autorizados.

Al separarse de su mujer, Luis queda arruinado, pues era a ella a quien pertenecía el capital, por lo que Teresa volverá sus ojos al flemático y rico Lord Raimond que sí podrá satisfacer sus caprichos materiales.

Sirera (2004,15) señala que lo más interesante de la propuesta de Sellés es que la prostituta Teresa aparece esbozada como una figura nueva de mujer, por muy *maldita* que sea, y lo demostrará en muchas de sus frías reacciones ante la indignación de la mujer legítima, no dejándose humillar y no respondiendo jamás a sus despechadas y entendibles provocaciones para recuperar a su marido.

Pese a que nos encontramos con un nuevo modelo de mujer, éste también será utilizado, según el constante móvil del dramaturgo, «para enseñar virtud, mostrando la realidad en sus aspectos más crudos. Por otro lado, y pese a la profunda lección moral que pretende que se extraiga de su obra, el dramaturgo no deja de criticar fuertemente al marido adúltero, no sólo a la pecadora femenina, como hizo en *El Nudo Gordiano*.

Por ello se observa que en *Las Vengadoras* aparece el vértice que completa la tesis de su obra anterior: si Julia —la adúltera en éste— expiaba sus culpas con la muerte, vendiendo así en escena a todos los maridos deshonorados, Teresa es la mujer sexual, vengadora de las honradas mujeres que sufren los «devaneos sexuales» de sus maridos.

Con todos estos ingredientes, Sellés le ha dado interés y novedad al personaje y, dentro de los límites a los que podía llegar, la dota de libertad para elegir su destino. La perversidad en el carácter de Teresa se empieza a delinear con más intensidad a partir del segundo acto, cuando espera su hora de «vencer»; ya ha sido insultada por Pilar, y sabe que Luis se verá forzado a elegir entre ellas.

En el tercer acto asistimos a la desintegración total del estatus moral, social y económico de Luis, y a una intensificación de sus celos al ver cómo Teresa le abandona por otro hombre. La conclusión de la obra llega con el suicidio de Luis, que ya se atisbaba y que deja indiferente a Teresa, mientras Pilar le llora amargamente. Nuevamente las palabras del general servirán de colofón moralizante a la obra: «El vicio los quiere vivos,/ ¡El amor verdadero los llora muertos» (Acto Tercero, Escena última, pág. 75).

Parece claro que por el momento no se le perdonaba a Sellés el *extravío* de haberse metido por la senda *escabrosa* del naturalismo, importada recientemente de Francia y se justificaba el fracaso del estreno por la repulsión “legítimamente moral” que el público tenía hacia ese género.

En realidad, sí se toleraba la presencia de la prostituta en la novela, pero verla en la escena era cuestión diferente. En este sentido es donde debemos resaltar la oportunidad y valentía de Sellés, demostrando que sabe captar los temas más candentes para su teatro, porque en verdad, la presencia de estos tipos se veía como algo ajeno a la sociedad del momento.

Sellés refundiría sus vengadoras originales y las trasladaría desde el innovador Teatro de la Comedia, donde habían levantado tanta polémica aglutinando con fuerza a los adeptos naturalistas, al digestivo Teatro de la Princesa, sometiéndose a los dictados de la crítica y público más reaccionarios. Tras ese reestreno (20/IV/1892), sólo vendrían catorce representaciones más, ya que, a pesar de que había levantado mucha expectación y de la atención que la crítica puso en ella, no tuvo el éxito esperado; pese a ello, la obra adquirió altas dosis de popularidad.

El Teatro de la Princesa -cultivador del *escabroso* teatro francés- tenía acostumbrado a su público a ciertas libertades, pero éstas, como sabemos, “pasaban” mejor desde la propuesta de un autor extranjero.

En la refundición, Sellés le antepuso un *Prólogo*, donde aclara su propio quehacer como dramaturgo y sus propias concesiones personales. Explica que el público de ahora está más curtido en la experiencia del teatro extranjero y, por ende, ha ganado en tolerancia; también que se ve obligado a defender la moralidad de su obra y a demostrar que respondía a una verdad real, es decir, que el asunto dramático era tan real que en Madrid existían esas vengadoras, aunque él las “refinó, pasándolas por un tamiz de seda, para que el público las pudiese tolerar”. O lo que es igual, que “el arte realista es tan moralizador como el idealista: Uno enseña lo que debe hacerse; otro, lo que debe evitarse. (...) (Sellés, Prólogo 7).

Las críticas que recibió la obra en su momento nos ayudan a centrar los términos del debate social del teatro en ese cambio de siglo, situando a Sellés como un autor con vacilaciones, que no consigue desprenderse de las rémoras moralistas y de tesis, por más que tome la cobertura de “revolucionario”. De ese modo la actitud del dramaturgo granadino no es más que el resultado de la época en la que se haya inmerso, que no le permite avanzar, espejo de la sociedad de la Restauración. No en vano podemos afirmar que tardaremos en

observar actitudes verdaderamente revolucionarias en todo el teatro de estos años, y, por supuesto, no las encontraremos en la obra dramática posterior del mismo Eugenio Sellés.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

CHECA Y OLMOS, Francisco ; FERNÁNDEZ SOTO, Concepción. “La implantación del Naturalismo teatral en la España decimonónica: Eugenio Sellés y la larga sombra de un debate literario”, En: *Decimonónica*, vol. 7, n. 2 (2010), p. 16-30.

DELEITO Y PIÑUELA, José. *Estampas del Madrid teatral de fin de siglo. Vol. I*. Madrid: Saturnino Calleja, [s.d.]

FERNÁNDEZ SOTO, Concepción. “Víctimas y victimarias en el oscuro espejo teatral decimonónico”. En: *Estupro. Mitos antiguos & violencia moderna. Homenaje a Franca Rame*, Sevilla, Arcibel, 2014, p. 236-246.

- “Eugenio Sellés (1842-1926) ante la renovación teatral de 1900: Gente Vieja frente a Gente Nueva”. En: *Hecho Teatral (Revista de teoría y práctica del teatro hispánico)*. N. 9. Valladolid: Universidad, 2009, p. 108-119.

- “La mirada hacia la mujer en la dramaturgia de Eugenio Sellés (1842-1926): madres, esposas, hijas, hijastras y ángeles de alas rotas”. En: *Stichomythia. Revista de Teatro Contemporáneo*, n. 8 (2009), p. 108-126.

- “Ícara (1910,1911), de Eugenio Sellés. Un drama sobre el feminismo o la subversión de un modelo ibseniano”. En: *Desde Andalucía: Mujeres en el Mediterráneo*. Sevilla: Arcibel, 2006, p. 185-199.

- *Claves socioculturales y literarias en la obra de Eugenio Sellés y Ángel (1842-1926). Una aproximación al teatro español de finales del siglo XIX*. Almería: Universidad, 2005.

JULIANO, Dolores. *La prostitución: el espejo oscuro*. Barcelona: Icaria, 2002.

PALAU, Melchor de. "Las Vengadoras de Eugenio Sellés". En: *Acontecimientos literarios. Impresiones y notas bibliográficas*. Madrid: [s.n.], 1896.

SELLÉS Y ÁNGEL, Eugenio. *Las Vengadoras: Comedia en tres actos*. En: *Los Contemporáneos*, año X, n. 510 [Ed. en n. extraordinario], 10 de octubre (1918).

- *Las Vengadoras, comedia en tres actos y en prosa refundida por su autor*. Madrid: Imprenta Colonial, 1892.

- *Las Vengadoras, comedia en tres actos y en prosa refundida por su autor*. [2ª y 3ª ed.] Madrid, Tipografía de Gregorio Estrada, 1892.

- *Las Vengadoras, drama en tres actos y en prosa*. [1ª y 2ª ed.] Madrid: Tipografía de Gregorio Estrada, 1884.

- *Las Vengadoras, drama en tres actos y en prosa*. [3ª ed.] Madrid: Administración Lírico-dramática, 1884.

- *Las Vengadoras, drama en tres actos y en prosa*. [4ª ed.] Madrid: Imprenta Colonial, 1884.

TRULLO HERRERA, José Luis. "Mujer de perdición". En: *Arquetipos teatrales y convenciones sociales*. Barcelona: PPU, 1991, p. 73-88.

TSUCHIYA, Akiko. "Taming the Deviant Body: Representations of the Prostitute in Nineteenth-Century Spain". En: *Anales Galdosianos. Homenaje a John W. Kronik*. Año XXXVI (2001), p. 255-268.

TUERO, Tomás. "Las vengadoras". En: *El Liberal*, 21 de Abril (1892).

YXART, José. *El Arte escénico en España*, Barcelona: Alta Fulla, 1987.



Galería de lecturas pendientes



BibliotecaVirtualAndalucía

2014



BIBLIOTECA VIRTUAL DE ANDALUCÍA

“ El dinero compra la vanidad; a lo sumo las sobras del cariño. La mujer cuesta más, cuanto vale menos. Cuando vale mucho, anda de balde y toma precio en el mercado cuando ya no lo tiene en el alma. Mi primer amante fue... el amor; un pobre, un desconocido; le quise tanto, que me engañó sin que yo me quejara; todo en él era hermoso, menos su corazón; no lo tenía; hoy tendrá mucho, porque se llevó el mío entero. ”



JUNTA DE ANDALUCÍA  
CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN, CULTURA Y DEPORTE